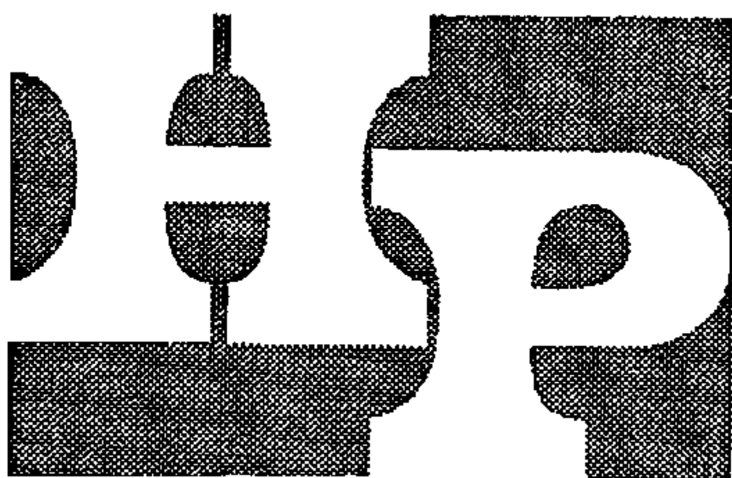


Keith Luger

EL OJO DEL DIABLO





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL OJO DEL DIABLO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 114
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 231-1972

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: marzo, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

La bailarina se movía circularmente por encima del pequeño entarimado y sus tacones tableteaban en contrapunto con las castañuelas. De cuando en cuando levantaba una pierna bien torneada y, en ese momento, arrancaba exclamaciones en el reducido número de clientes que presenciaba el ensayo.

El *sheriff* Rock Benson estaba con la boca entreabierta y los ojos muy brillantes.

—Esta Carmencita es única, ¿eh, Tom?

Tom, su ayudante, sorbió un hilo de baba a causa de la abstracción y sonrió alelado.

—Las mexicanas valen para esto, jefe.

—Conocen todos los recursos del baile, muchacho. Eso es todo.

Carmencita se acercaba al borde del entarimado con un vivo taconeo cuyo tembleque la recorría de arriba abajo.

El *sheriff* y los demás espectadores se quedaron de muestra.

Carmencita enseñó más piernas, una por vez, y de pronto simuló desplomarse con la última nota del piano y quedó en el suelo con el pelo sobre la cara.

Todos prorrumpieron en aplausos y gritos de admiración.

El *sheriff* batía las palmas a rabiar.

Cuando la bailarina desapareció por la portezuela del fondo, el *sheriff* sacudió la cabeza.

—Vaya muchacha. Cualquiera diría que no tiene huesos.

Tom chascó la lengua.

—Jefe —dijo—. Esa clase de criaturas no tienen huesos. No tienen cosas tan feas.

El *sheriff* le dedicó una mirada de respeto.

—Ésa ha sido toda una frase, muchacho.

Tom sonrió agradecido. De pronto torció el gesto al mirar hacia la puerta.

—Fíjese en ese tipo que viene hacia aquí, jefe.

El *sheriff* se dio la vuelta y frunció el entrecejo al tiempo que jugueteaba con el vaso.

—¿Quién es?

Tom se aclaró la voz y habló por el sesgo de la boca para disimular.

—Un tipo raro que anda husmeando por el pueblo desde las primeras horas de la mañana.

—No me gusta.

—Ni a mí, jefe. Por eso le pongo al corriente.

El sujeto que husmeaba se acercó a las autoridades de Maheston City.

—¿Quién de ustedes es el *sheriff*? —indagó, observando el chaleco de cada uno de los dos hombres donde exhibían la estrella de latón.

Rock Benson se aclaró la voz con un fuerte carraspeo.

—Soy yo, forastero. ¿Qué se le ofrece?

—Me llamo Ted Adams, *sheriff*.

—Siga.

Ted Adams tendría unos cuarenta años, era ceñudo, bastante alto y de ojos inexpresivos.

—Estoy citado en el pueblo con tres socios. Sin embargo, no he podido localizarlos por ningún lado.

El *sheriff* Benson alzó una ceja.

—¿Deben ir juntos? ¿Qué aspecto tienen?

—Uno es rubio, bastante bien parecido, de unos treinta años. Lleva siempre un revólver a cada costado. Muy bajos.

El *sheriff* y su ayudante cruzaron una mirada.

—No le hemos visto —dijo.

Tom lanzó un salivazo e intervino.

—Yo descubrí a un fulano rubio que andaba por el «Saloon Mascota». Apenas entró se lió con una partida de naipes y parece que le iba bien. Tiene la pinta del rubio que ha descrito. Además, parecía un poco fanfarrón. Antes de empezar la partida sacó una bolsa para meter las ganancias.

Ted Adams gruñó.

—Ése es uno de mis socios. Está hablando de Ray Raymonds.

—El local está al otro lado de la acera —agregó el ayudante.

Ted Adams se tocó el ala del sombrero y gruñó las gracias.

El *sheriff* y el ayudante lo vieron salir con cierta prisa.

—Cualquiera sabe qué se lleva entre manos uno de estos pájaros, ¿eh, Tom?

—No estaría mal que le echara una ojeada. Ya sabe que el «Saloon Mascota» es un nido de disturbios.

—Entonces, lárgate allí, Tom.

Tom torció la cara.

—¿Ahora que Carmencita va a salir otra vez?

—No la veremos hasta la noche. Éste es un ensayo, Tom. Anda.

—Esperaré un poco, *sheriff*. Ah, vaya chica, ¿eh, jefe? El piano comenzó a sonar y Carmencita repiqueteó de inmediato los tacones antes de aparecer por el hueco de la pequeña puerta.

—¡Ahí sale otra vez, jefe!

El *sheriff* ensanchó el rostro en una sonrisa.

Pero Carmencita dejó de bailar bruscamente y se inclinó sobre el pianista. Le gritó:

—Usted es el imbécil más grande que he conocido. ¿Por qué no se dedica a criar cerdos en vez de empeñarse en tocar el piano?

El tipo del piano brincó como picado por una serpiente y comenzó a soltar un chorro de palabras.

Carmencita y él llegaron a las manos y el dueño del local y un par de empleados los separaron a viva fuerza.

—¿Qué le parece, *sheriff*? —rió Tom.

El *sheriff* Benson tenía un brillo de admiración en las pupilas.

—Estas mexicanas tienen temperamento, Tom. Vaya mujeres.

—Pues mire por donde yo tuve una mexicana y me resultó sosa.

—Siempre existen excepciones…

Las palabras del *sheriff* fueron cortadas por una serie de estampidos.

Las autoridades de Maheston City se volvieron hacia la puerta y comenzaron a correr atravesando los batientes como exhalaciones.

Cruzaron la calle y, antes de llegar al «Saloon Mascota», vieron a los clientes que salían precipitadamente.

El *sheriff* Benson ahogó una maldición y sacó el revolver al tiempo que irrumpía en el local.

—¡Que nadie se mueva! —gritó.

No hacía falta la orden porque los parroquianos estaban petrificados.

El tipo llamado Ted Adams se hallaba junto a una mesa vacía donde se veía unos naipes desparramados.

En el suelo había un sujeto rubio que había sido alto. Sus ojos eran azules y se podían ver bien porque los tenía muy abiertos. Un manchón rojo a la altura del corazón parecía extenderse rápidamente y le empapaba la pechera de la camisa.

El *sheriff* apretó los dientes y miró a Ted Adams.

—De modo que para esto buscaba al rubio, ¿eh, Adams?

Ted se ajustó el cinto, se pasó el dedo por debajo de la nariz y escupió descuidadamente, hacia un rincón.

—Tuve que hacerlo, *sheriff*.

—¿Sí, eh?

Adams indicó a los circunstantes con un gesto vago.

—Todos pueden decirle que fue en legítima defensa.

El *sheriff* volvió la cara hacia el dueño del local, un tipo delgado de gruesos mostachos.

—¿Qué hay de eso, Mike?

Mike se tironeó los mostachos nerviosamente y asintió sin quitar ojo al forastero.

—El rubio fue a levantarse cuando este hombre entró Empezó a sonreírle, pero el rubio debió ver algo porque de repente echó mano al «Colt». No sé quién lo insinué primero, *sheriff*. Pero le aseguro que fue limpio. Todo muy limpio.

Ted Adams se dirigió hacia la salida.

—Hasta la vista, señores.

—¡Un momento! —exclamó el *sheriff*, volviéndose hacia él.

Adams Ladeo la cabeza.

—¿Hablaba *sheriff*?

—¡Usted tiene que explicarme…!

—Asuntos particulares, *sheriff* —cortó Adams—. Lo esencial es que fue legal, ¿no?

El *sheriff* boqueó un par de veces y por fin se pasó la mano furiosamente por la cara. Apuntó al forastero con un dedo.

—¡Usted…! ¡Vamos, lárguese de Maheston City ahora mismo!

Adams sonrió con una mueca y, sin agregar nada más, dio vuelta

hacia los batientes y salió.

Al llegar a la calle escuchó las órdenes del *sheriff* a voz en grito para que retirasen el cadáver.

Ted Adams sonrió para sí y se acercó a un viejo que estaba apoyado en la columna.

—¿Dónde dice que vio al tipo rechoncho, abuelo?

El viejo levantó el labio superior temblorosamente.

—Oiga…

—Vamos, abuelo. Dígamelo. Usted tiene cara de buena persona.

El viejo empalideció al ver la fría sonrisa de Ted, cuyo rostro se acercó al suyo a menos de tres pulgadas.

—Oh, desde luego. Desde luego, joven. Verá a este tipo rechoncho en lo de Randolph. Me fijé en la cicatriz del mentón.

—¿Dónde está ese agujero?

—Tres puertas más allá.

Ted Adams le guiñó un ojo y se encaminó hacia el lugar.

El local tenía el mismo aspecto que el que servía a la bailarina para sus actuaciones. Sin embargo, estaba casi vacío. Las persianas tiradas impedían la entrada del resplandor del sol y reinaba una suave penumbra.

El tipo rechoncho de la cicatriz se apartó del mostrador cuando vio a Ted detrás de los batientes.

—¡Ted!

—Hola, muchacho. ¿Oíste los estampidos?

El sujeto se llevó una mano a la cicatriz.

—¿Qué ha pasado, Ted?

Ted se encogió de hombros mientras se acercaba.

—Ray Raymonds estuvo algo brusco. Ya te dije que no nos convenían los negocios con él. Quiso liquidarme.

—¿Sí, Ted? ¡Eso es imposible! Parecía un buen chico.

—Tendré que andar con más cuidado cuando escoja las amistades.

—Sí, Ted.

—Por ejemplo. Ahora quiero rectificar a tiempo y romper con los demás, Hugh.

Hugh arrugó la nariz.

—No te comprendo, Ted.

—Saca el revólver y hablaremos mejor.

Hugh se deslizó por el canto del mostrador alejándose de Ted.

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Estás loco?

—Vamos a zanjar la cuestión de siempre, Hugh. Alguien tiene que tomar la iniciativa.

—No, Ted.

—Sí, muchacho. Saca el «Colt» o te liquido ahí mismo.

Hugh empezó a jadear y dibujó un gesto de amargura.

—Está claro. Te tentó la totalidad de la «pasta». Eso es lo que te ocurre. Prefieres quedarte con todo y liquidarnos. Pero no te vas a salir con la tuya.

Ted sonrió.

—Ajá. Ahora te pones en trance. Viene lo bueno.

—¡No te quedarás nunca con el asado, Ted!

—¡Saca!

Los dos hombres echaron mano a las armas.

Sonaron dos truenos que hicieron retemblar los cristales.

La bala de Hugh iba directa a la cabeza de Ted. Pero no siguió la trayectoria porque le falló el pulso. Hugh vio turbio y se debía al plomo de Ted que acababa de entrarle en el pecho. Abrió la boca para decir algo, pero le fallaron las fuerzas, dejó caer el arma y, soltando un chorro de sangre, se venció hacia delante golpeando el cráneo con el suelo.

Un largo silencio acogió la caída de Hugh.

Las puertas del local se movieron violentamente y el *sheriff* entró con el revólver por delante.

—¡Todo el mundo quieto! —Rock Benson corrió hacía el mostrador y se detuvo repentinamente—. ¡Usted!

Ted se ladeó el sombrero.

—Hola, *sheriff*.

Benson tragó aire con fuerza, los ojos muy abiertos. Observó a Ted y al cadáver alternativamente, con una expresión de incredulidad.

—¿Cómo ha podido hacerlo? —gritó.

Ted enfundó el «Colt» y suspiró.

—Él se empeñó. Legítima defensa, *sheriff*.

—¡Maldición! —rugió Benson—. ¡Esto es demasiado!

Pero Ted Adams se dirigía hacia la puerta con gesto decidido.

El *sheriff* corrió tras él.

—¡Adams… no voy a tolerarle…! ¡Queda detenido!

Ted Adams frunció el entrecejo.

—¿Detenido, *sheriff*? Usted no puede hacer eso.

—¡Y usted no puede andar a tiro limpio por todo Maheston City! ¡No puede, Adams!

Ted Adams chascó la lengua y abarcó a los testigos con un gesto.

—De acuerdo, *sheriff*. Deténgame. Detenga a un hombre que ha luchado por su propia vida…

—¡Cierre el pico, Adams!

—De acuerdo, *sheriff*. Pico cerrado.

Benson acudió hacia él con la furia pintada en la cara.

—¿Qué se ha propuesto, Adams? Le dije que saliera inmediatamente de Maheston. ¿Y qué hace usted? Apenas me deja con su fiambre, viene aquí y me prepara otro. ¿Qué hará dentro de los próximos minutos, Adams? ¿Irá por su tercer hombre?

Ted suspiró.

—El destino no está en nuestras manos, *sheriff*. ¿Quién sabe lo que sucederá dentro de unos minutos?

—¡Yo sí lo sé, Adams! Usted se irá de cabeza en busca de ese tercer pájaro y también lo tumbará.

Ted ensanchó las facciones angulosas en una sonrisa.

—Ken Lodge y yo somos uña y carne, *sheriff*. Prácticamente lo he criado con mis propias manos. Fui su compadre, ¿sabe, *sheriff*?

El *sheriff* cerró los ojos con fuerza.

Ted prosiguió:

—Ken y yo somos como dos hermanos, *sheriff*. En cuanto lo encuentre saldremos de su demarcación.

—¡Basta, Adams! —vociferó el *sheriff*—. ¡Le he dicho que queda detenido! Conque empiece a moverse hacia la puerta y deseche cualquier idea de darme el esquinazo. Andando.

Ted Adams gruñó asintiendo y se hizo a un lado en dirección a la puerta.

Sin embargo, no siguió adelante porque de pronto había reparado en un sujeto alto y macizo, cuyos ojos negros y brillantes se clavaron en él por encima de los hombros de los curiosos.

El individuo alto se abrió paso a codazos y se plantó a pocos de Ted.

Ninguno de los dos hombres abrió la boca, empero sus ojos

parecieron mantener una breve conversación.

Sin mediar palabra se envararon y de repente sacaron los revólveres arrancando un respingo general de sorpresa.

Ted disparó al mismo tiempo que su amigo Ken Lodge.

Los dos estampidos se confundieron porque se produjeron en la misma fracción de segundo.

Ted Adams y Ken Lodge se miraron con intensidad.

De repente, Ken dio un paso atrás y pareció relajarse. Bajó el brazo con cuya mano sostenía el arma.

Ted Adams lanzó una seca carcajada.

—Sólo me faltabas tú, muchacho. El gran Ken Lodge.

La gente formó un círculo alrededor de ellos, a prudente distancia.

Ted estremeció los hombros sacudido por la risa.

—Sí, Ken. Teníamos que llegar a esto… yo…

Se interrumpió con una carcajada.

Abrió la mano y dejó caer el «Colt» al suelo sin dejar de carcajearse. Se llevó las manos al pecho. Riendo, se desplomó. Muerto.

CAPÍTULO II

El *sheriff* tragó aire con fuerza.

Miró los cadáveres del suelo, y luego al superviviente Ken Lodge.

—¡Demonios, creí que Ted Adams iba a salirse también con la suya!

Ken Lodge se hallaba todavía con el «Colt» colgando de la mano y la cabeza ladeada. Miraba los cadáveres pensativamente.

—Los tres eran muy buenos, *sheriff* —dijo, y aclaró—: Muy buenos con el revólver.

El *sheriff* Benson entornó un ojo examinando calculadoramente al forastero.

—¿A qué se debe esta matanza, Lodge?

—Todo tiene su explicación.

—Lo veo muy afectado. ¿Eran amigos los cuatro?

Lodge se humedeció los labios y cabeceó.

—Casi desde la infancia.

—Infiernos —el *sheriff* fue a agregar algo, pero se dio cuenta de que un montón de gente estaba pendiente de ellos y dijo—: Me gustaría saber algo más del motivo de la masacre, Lodge. Venga a mi despacho.

—Quisiera dormir un rato, *sheriff*.

Benson pestañeó perplejo.

—¿Dormir, Lodge? ¿Cómo es posible que pueda conciliar el sueño después de…?

—He cabalgado más de cien millas.

El *sheriff* se quedó boquiabierto y por fin asintió con la cabeza.

—Entiendo. Debe estar hecho polvo.

—Sí, *sheriff*.

El representante de la Ley observó a un hombre grueso vestido de negro que le hacía señas desde la puerta.

Luego posó la mirada en Lodge, quien suspiró roncamente enfundando el «Colt».

—Oiga, Lodge. —Benson se aclaró la voz—. ¿Comunicará el fallecimiento de estos hombres a sus familiares? Puedo despachar mensajes por el telégrafo.

—No tenían a nadie en el mundo, *sheriff*.

Benson asintió gravemente.

—En ese caso, ordenaré un entierro colectivo por cuenta del erario público.

Lodge se ajustó el cinto. Denegó con un gesto.

—Yo pagaré los entierros.

Hubo un silencio penetrante que tradujo la emoción general.

El *sheriff* desfrunció los ojos y sacudió la mano hacia el hombre de la puerta.

—Precisamente está ahí el funerario. Bien, es un buen detalle por parte de usted. ¡Adelante, señor Freemont!

Freemont, el funerario, se acercó con una sonrisa untuosa y reverenció a Ken Lodge deteniéndose delante de él.

—Déjelo en mis manos, señor Lodge —dijo con voz bien timbrada—. En estas circunstancias debe confiarse a mi experiencia.

Lodge arrojó un dólar sobre el mostrador y un sujeto de largas patillas cobró súbito movimiento y extrajo una botella y un vaso.

Freemont tomó medidas con la vista a los dos caídos y batió palmas ordenando con gestos a dos sujetos para que sacaran los cadáveres. De camino, Freemont se volvió hacia Lodge sonriendo como si se excusara.

—Ahora van a recoger también al rubio, al señor Raymonds. ¿No se llamaba así?

—Ray Raymond, Ted Adams y Hugh Bradock —dijo Lodge. Ésos eran sus nombres.

Freemont tomó nota en un bloc aparecido en sus delicadas manos como por arte de magia.

—¿Algún detalle especial, señor Lodge?

—Un entierro digno, simplemente.

—Quedará bien servido, oh, perdón. En vista de un lote de tres, le haré un precio especial.

—No escatime. —Lodge apuró un vaso de un solo trago.

—¿Tal vez desea inscripciones en la tumba? Tenemos un grabador que hace maravillas a punta de cuchillo sobre lápidas de madera.

—No estará de más que pongan sus nombres.

—El precio adicional serán tres dólares en junto. ¿Agregamos alguna frase?

Ken Lodge sirvióse otro vaso que vació de un golpe. Se aclaró la voz.

—Ponga: «Juntos por fin».

Freemont sonrió inteligentemente.

—De muy buen gusto —dijo.

El *sheriff* Benson intervino.

—Por esas palabras entiendo que ustedes cuatro venían a reunirse en Maheston City. ¿Eh, Lodge?

—Acertó, *sheriff*.

El funerario carraspeó con fuerza para atraer la atención.

—Señor Lodge —se tironeó del almidonado cuello de la camisa —. Dispense si hablo en este momento de dinero, pero…

—¿Cuánto?

—En total, treinta dólares. Oh, precio especial, claro está.

Ken Lodge extrajo el dinero y Freemont lo hizo desaparecer en una fracción de segundo.

—Voy a ultimar los detalles —dijo Freemont—. Dispensen…

El funerario se dirigió a la puerta y antes de desaparecer volvió a hacer una reverencia al forastero.

Lodge bostezó y observó el reloj del muro.

—Bien, *sheriff*. ¿Dónde me recomienda una habitación?

El representante de la ley hizo un gesto para que le siguiera y mientras salía impartió unos órdenes a Tom, el ayudante.

Cuando estuvo en la calle se volvió hacia Ken Lodge.

—Aquel edificio de allí es el «Hotel Gran Oeste». Encontrará buenas habitaciones.

—Gracias, *sheriff*.

El *sheriff* echó a andar con expresión ceñuda al lado de Ken Lodge.

—¿Por qué fue, Lodge?

Ken se hallaba distraído viendo a una hermosa pelirroja a la que

cedió el paso por la acera.

—¿Cómo?

—Le preguntaba el porqué de esa matanza, Lodge.

Ken miró hacia el «Hotel Gran Oeste», adonde se aproximaban.

—Teníamos que repartimos algo.

—Vaya, espero que fuera algo especial. No se justifica que Ted Adams la emprendiera a tiros por una minucia. He visto repartir balazos a ciertos individuos por disputarse un botín. O simplemente la paga por arrear reses.

—Esta vez ha sido por algo especial, *sheriff*.

El *sheriff* lamentó haber llegado a la puerta del hotel porque Lodge se interrumpió observando la fachada. Sentía curiosidad por el motivo del tiroteo.

—¿Dijo algo especial, Lodge?

Ken miró fijamente al *sheriff*.

—Una herencia.

El *sheriff* pestañeó.

—Dinero, siempre el maldito dinero.

—No es precisamente dinero, *sheriff*.

El *sheriff* Benson parpadeó.

—Infiernos, Lodge. ¿Puedo enterarme de una vez?

Ken Lodge atravesó la puerta del vestíbulo y se volvió hacia la autoridad de Maheston City.

—Pero es algo que puede valer mucho dinero.

—¿Qué es?

—El Ojo del Diablo.

* * *

Tres horas después el *sheriff* Benson repasó los ficheros donde se hallaban registrados los nombres y características de hombres fuera de la ley. Lanzó una amarga maldición.

—¡Tom, te dije que te ocuparas de ordenar el clasificador! ¡No encuentro por ningún lado la letra «ele» menos todavía la «ca»! Mira si encuentras la serie de los Lodge.

Tom gateaba por delante de un armario, encima de una montaña de fichas.

—No me explico, jefe… Le juro que tenía todo esto al día.

—¡Busca, infiernos!

Tom empezó a ponerse nervioso y extrajo un cajón con tal violencia que saltó al suelo y cayó un torrente de fichas.

El *sheriff* cerró los ojos con fuerza gimiendo roncamente.

—Seguro que no encontraríamos hoy ni el informe de Jesse James.

Tom sonrió desganadamente.

—Ése sí, jefe. Está en la sección «Forajidos Especiales…».

—¡Basta! ¡Y muévete de una vez!

Tom metió la cabeza debajo del armario para cazar las fichas que se escapaban por todos lados. Habló desde allí.

—Ya verá cómo no tenemos fichado a nadie por ese nombre. A pesar de la pinta de forajido de Ken Lodge…

Tom recibió un puntapié en las posaderas y se revolvió observando al *sheriff* que tenía los ojos clavados en la puerta.

Ken Lodge se destacaba en el hueco.

—Hola.

El *sheriff* carraspeó con fuerza.

—¿Cómo le fue, Lodge? Supongo que habrá descansado con esas tres horas de sueño.

—No he dormido mucho.

Tom, el ayudante, soltó una carcajada. Guiñó un ojo.

—Apuesto a que Paulette, la que ocupa el cuarto veintidós… Eh, bueno… Esa chica es peor que el café. Los desvela a todos.

—¿Quieres callarte, Tom? —masculló el *sheriff*.

Ken Lodge sonrió a medias.

—Este muchacho tiene dotes de clarividente.

Tom rió con fuerza, pero de pronto quedó serio al ver la furibunda mirada del *sheriff*.

—Voy al archivo a buscar esos datos, jefe —rezongó.

Lodge y el *sheriff* Benson quedaron solos.

El *sheriff* se dejó caer en el sillón del escritorio y le arrancó un chirrido.

—¿Qué hay del Ojo del Diablo, Lodge?

Ken extrajo un cigarrillo hecho, lo estiró para desarrugarlo y se lo colocó en la comisura de la boca. Encendió.

—Primero debía hablarle un poco de la relación que tenían los tres muertos conmigo.

El rostro del *sheriff* acusaba las arrugas.

—Me interesa tanto como el Ojo del Diablo.

Ken asintió.

—Después que le haga esa aclaración, le ahorraré mucho trabajo en la búsqueda en el archivo.

El *sheriff* dejó escapar un gruñido.

—Sí, Lodge. Nos estábamos ocupando de usted. Si algún desconocido dispara en Maheston City, volvemos el archivo de arriba abajo.

Ken se dejó caer en la silla frente al escritorio del *sheriff* y se arrellanó. Soltó una bocanada de humo y contempló a la autoridad a través de la neblina.

—Celebro que sea sincero conmigo, *sheriff*.

—Ahora le toca el turno, Lodge. ¿Quién es usted?

Ken sacudió la ceniza del cigarrillo.

—¿Oyó hablar alguna vez de John Nevins?

Benson se inclinó hacia adelante sin poder disimular el interés.

—¿Nevins? ¿Se refiere a John Nevins, el viejo forajido?

—Sí, *sheriff*.

—¿Qué relación tiene la matanza con John Nevins?

—El viejo Nevins ha muerto.

El *sheriff* no dijo nada durante unos segundos Arrugó el entrecejo poco a poco y sus ojos grises se clavaron en Lodge con mayor intensidad.

—¿Quién liquidó al viejo escurridizo, Lodge?

—El hígado.

Las cejas del *sheriff* se arquearon.

—Muerte natural, ¿eh?

—Ha fallecido en Nelsonville.

El *sheriff* dibujó una extraña sonrisa.

—Conque allá ha estado escondido el tipo. Era raro que no oyera hablar de él en tantos años. La ley lo buscó por muchos rincones y finalmente quedó archivado el caso Nevins. Ocurre siempre así. El hígado, ¿eh?

—Bebía demasiado *whisky*.

El *sheriff* gruñó asintiendo.

—Era más conocido por sus célebres borracheras que por sus delitos. Si hubiese empinado menos el codo habría sido tan peligroso como Johnny Ringo y Jesse James.

—El alcohol estropea a las personas.

Tom soltó una carcajada desde el archivo y se delató que estaba con la oreja en marcha.

El *sheriff* se volvió.

—Maldita sea, Tom. Te dije que nos dejaras solos.

Tom salió con gesto compungido, llevando una pila de informes y dejó un rastro de ellos al salir al patio.

El *sheriff* miró otra vez a Lodge.

—Ahora dígame qué relación tiene la matanza de hoy con John Nevins —dijo.

—Los muertos de hoy pertenecieron a la banda de John Nevins.

—Y usted y ellos se conocieron desde muy jóvenes. Ken sostuvo la mirada del *sheriff*.

—Sí, *sheriff*.

—Me olí inmediatamente qué clase de hombre era usted, Lodge. Los hombres de Nevins tenían fama con el «Colt».

Ken seguía mirando al *sheriff* a través del humo azulado del cigarrillo.

—El viejo era un buen profesor.

—Lodge, usted debe tener muchos cargos para ser detenido.

—Ya lo fui hace años, *sheriff*. Todo lo que me pudieron acumular me pagó la pensión en Fort Hudson durante dos años.

—Conque estuvo ya en la prisión.

—Al salir ya no vi al viejo Nevins.

—Entiendo, usted cambió de vida.

—No, *sheriff* —dijo Ken arrojando el resto del cigarrillo—. Siempre he sido el mismo.

—Acláreme eso.

—Viví con John Nevins hasta los dieciocho años. Después vino lo de Fort Hudson. Por aquel tiempo Nevins desapareció y dejó a sus hombres con tres palmos de narices.

—Decían que Nevins se había esfumado con un buen botín.

—Consiguió lo que más deseaba en el mundo —dijo—. Nevins tenía obsesión por poseerlo después que lo tuvo en sus manos cierta vez. Y cuando finalmente lo obtuvo, consideró que había sonado la hora de su retirada. Por eso vivió hasta los últimos días de su vida escondido en Nelsonville.

—Me juego el pescuezo a que me está usted colocando otra vez

la historia de El Ojo del Diablo.

—Exactamente, *sheriff*.

El *sheriff* lanzó una ojeada a un papel sobre la carpeta y rezongó:

—«El Ojo del Diablo es verde. Allí donde mira…».

—¿Conoce usted la leyenda también?

—He aprovechado sus tres horas de sueño para desempolvar los archivos. Ya sé de qué se trata ahora. Una esmeralda.

Lodge respiró profundamente.

—El viejo John Nevins ha dejado consignado en su testamento que El Ojo del Diablo pase a propiedad de sus hombres más antiguos en la banda: Ted Adams, Ray Raymonds, Hugh Bradock y…

—Y usted Lodge.

El *sheriff* Benson se pellizcó una ceja.

—Lo que no entiendo es que un forajido pueda dejar una herencia, Lodge, una esmeralda de tanto valor.

—Creo poder proyectar una luz sobre eso, *sheriff*. Por lo visto, la influencia benéfica de El Ojo del Diablo se dejó sentir en el viejo Nevins. Dicen que allá en Nelsonville encontró un filón de oro y reunió una pequeña fortuna hasta que lo agotó. Con el dinero indemnizó a las entidades perjudicadas a lo largo de su carrera y murió todavía con dinero.

—Me deja usted con la boca abierta, Lodge.

—El Ojo del Diablo le trajo la fortuna.

—Cuentos.

Lodge suspiró.

—Cuento o verdad, lo cierto es que el viejo John ha podido quedar en paz con el mundo y llegar a legalizar la propiedad de la esmeralda.

—Seguro que era robada.

—El juez Askert le demostrará que es trigo limpio.

—¿Quién es el juez Askert?

Lodge descruzó las piernas.

—Fue el hombre que se ha encargado de poner en orden las cosas en Nelsonville. Era amigo del viejo Nevins. Askert ha realizado las gestiones necesarias para entregar El Ojo del Diablo a los herederos. Sí, *sheriff*. Nevins dejó la joya limpia de polvo y paja para ponerla en manos de sus cuatro hombres más allegados.

—Que se han dado bastante prisa en liquidarse unos a otros.

—El juez Askert nos citó en esta ciudad, probablemente por estar a medio camino de la ruta. Adams, Raymonds, Bradock y yo nos reunimos previamente en Dallas después de buscarnos unos a otros, cada uno con la carta que había recibido del juez Askert. Llegamos a la conclusión de que la cosa iba en serio y decidimos volvernos a reunir aquí para el reparto.

—Un reparto de plomo en, vez de Ojo del Diablo.

Lodge dejó perder la mirada por un ángulo del recinto.

—Tenía que ser así. Parecía estar escrito.

—Bien, Lodge. Si todo eso que me cuenta no es una historia fantástica, usted va a recibir un montón de dinero cuando venda el pedrusco. Los informes dicen que tiene un valor muy elevado.

—Tal vez veinte mil dólares.

—Empiezo a creer en la parte de la leyenda que habla de la fortuna atraída por el condenado Ojo.

Lodge estaba pensativo y habló como si lo hiciese consigo mismo.

—También dice que atrae la muerte. Adams, Raymonds y Bradock pueden dar fe. Murieron antes de tocarla tan siquiera. A otros les ocurrió lo mismo.

—No creo que nadie muera por maleficios, de no ser que venda la esmeralda y la empalme de gusto. A veces las alegrías matan…

En aquel instante desde la calle llegó una ráfaga de estampidos acompañados del estallido de cristales rotos.

Capítulo III

El eco de las detonaciones fue seguido por el fragor de una cabalgada que se perdió a lo lejos.

Ken Lodge y el *sheriff* Benson salieron corriendo de la oficina y vieron a un grupo de jinetes que se empequeñecían en la distancia. El polvo todavía flotaba en la calzada.

Tom, el ayudante del *sheriff*, se asomó por una ventana y mostró medio cuerpo al apuntar hacia una tienda.

—¡Allí, *sheriff*! —gritó—. ¡Las balas lo empujaron contra el escaparate!…

Lodge y el *sheriff* irrumpieron en la tienda de tejidos donde reinaba gran confusión.

El dependiente, un tipejo delgado, todo nervios, danzaba chillando histéricamente en torno a un cuerpo inmóvil que se había enredado con los vestidos de un maniquí.

Ken Lodge se agachó prestamente sobre el caído, cuya melena entrecana le caía ocultándole medio rostro. La víctima estaba asida fuertemente a las curvas del maniquí. Respiraba agriadamente.

Lodge lo sacudió.

—Vamos, trate de calmarse.

—No me toque —dijo una voz cascada—. Me han abierto ojales en todo el cuerpo… ¡Me estoy desangrando!

Lodge chascó la lengua y sacudió la cabeza comprensivamente, ayudando al anciano a incorporarse a pesar de sus lamentos.

—No es sangre. Eso mojado es otra cosa.

El anciano abrió los ojos, unos ojillos verdes, penetrantes.

—¡Estoy vivo de milagro!

Lodge lo puso de pie, pero se le escurrió de entre las manos. Lo afirmó con dificultad sobre las temblequeantes piernas.

—Sí, amigo. Está vivo de milagro. Eso es cierto.

El *sheriff* lo sostuvo por los sobacos.

—¿Quién es usted, caballero?

La víctima resollaba con la boca abierta.

—¡Me atacaron con un coro de revólveres!

Lodge lo palmeó.

—Vamos, abuelo. Ya pasó todo. ¿Quiénes eran?

El anciano sacudió la cabeza muy asustado.

—No los había visto en la vida. ¡Querían asesinarme!… ¡Estuvo claro que, si no me meto por el escaparate, a estas horas tendrían que buscarse un nuevo juez en Nelsonville!

—Vaya. —Lodge se echó el sombrero atrás—. De modo que usted es el juez Askert.

El agredido pestañeó rápidamente.

—¿Cómo lo sabe, muchacho?

—Soy Ken Lodge.

—¡Dios santo! ¡El único heredero! ¡Ken Lodge!…

Lodge entrecerró los ojos observando con curiosidad al anciano.

—¿De modo que estaba ya al corriente del suceso?

—Apenas puse los pies en esta ciudad me enteré de lo ocurrido. Ha sido terrible, Lodge. ¡Pero más terrible es que alguien haya querido mi deceso! Oh, perdón, quiero decir mi fallecimiento. Deceso es un término legalista.

—Entiendo, juez Askert.

El juez Askert se puso en cuclillas tanteando el suelo.

—Por aquí deben estar mis anteojos. En cuanto los encuentre leeré el testamento de John Nevins y me alejaré a toda prisa. ¡Un juez tiene muchos enemigos, señor Lodge!

Lodge buscaba también los lentes del juez Askert y en eso entró Freemont, el funerario, quien se dirigió al *sheriff*.

El *sheriff* Benson tomaba nota de los daños ocasionados en la tienda y apuntó hacia atrás con el pulgar. Gruñó:

—La víctima está buscando los lentes.

—Oh.

El juez Askert pestañeó hacia el recién llegado al tiempo que tomaba los anteojos de manos de Lodge, quien había dado con ellos.

—¿Quién es este caballero, Lodge?

Ken carraspeó.

—El funerario. Señor Freemont, el juez Askert.

El juez Askert comprendió de inmediato y saltó hacia atrás dando un respingo.

—Madre mía. Menos mal que ha fallado.

Lodge se aclaró la voz.

—He satisfecho al señor Freemont la cantidad de treinta dólares por el entierro de Ted Adams, Hugh Bradock y Ray Raymonds.

El juez asintió gruñendo.

—De acuerdo, Lodge. Esos gastos los enjugaremos con una pequeña cantidad metálico que ha quedado de la herencia del señor Nevins —se despojó respetuosamente del sombrero que acababa de recobrar—. Además de «El Ojo del Diablo», hay quinientos dólares para gastos.

El *sheriff* acababa de salir con el funerario y comenzó a impartir órdenes hacia los curiosos para que despejaran las aceras.

Retornó cuando el juez Askert abría una bolsa polvorienta de donde extrajo un fajo de papeles.

—Aquí traigo los documentos sobre la herencia de John Nevins, señor Lodge —miró al *sheriff*—. Oiga, autoridad. Me gustaría poner los documentos en manos del juez de esta ciudad y salir de aquí cuanto antes. Eh… Tengo asuntos urgentes que resolver.

El *sheriff* Benson tosió con fuerza.

—Nuestro juez Sullivan estará ausente un par de días o quizá más. En cuanto a usted, puede considerarse seguro ahora que está en nuestras manos.

—¿Sí? —dijo Askert sin mucha convicción.

Ken Lodge ayudó al juez a cerrar la bolsa para contener el torrente de papeles que brotaban.

—¿Trae usted «El Ojo del Diablo»?

Askert se ajustó los ovalados anteojos.

—¡Je! Ni, aunque me lo hubiesen regalado.

—Supongo que estará depositado en algún Banco.

El juez Askert carraspeó.

—Por disposición del difunto señor Nevins, «El Ojo del Diablo» le será entregado por uno de los albaceas testamentarios, que excepcionalmente, no conozco personalmente.

—Aclaremos eso, juez Askert.

El juez extrajo un papel enorme del forro de la levita y lo ojeó

rápidamente.

—Verá, Lodge —dijo—. John Nevins sabía que sus herederos nunca se pondrían de acuerdo y quiso tomar precauciones por si alguno se anticipaba para atrapar por la fuerza «El Ojo del Diablo». Por eso dispuso que la esmeralda fuese guardada en un Banco, cuyo nombre figura en el atestado de denominaciones. A partir de esta fecha clave, 28 de agosto, el albacea desconocido «per abstractione», extraerá el pedrusco… eh, quiero decir la esmeralda de la Caja del Banco X y la trasladará a esta ciudad para que usted pueda recibirla en el acto de la lectura del testamento.

—¿De modo que ese hombre desconocido está al caer?

—Ajá, Lodge —replicó Askert—. Fue un modo de proteger la joya hasta el máximo, ideado por el difunto. Usted tendrá que hacer el resto, según disposición. Me refiero a no permitir que se la birl… roben.

El *sheriff* tenía la nariz arrugada y un ojo entrecerrado mientras Askert se despachaba. Se despejó las cuerdas vocales e intervino.

—Por lo visto, el viejo Nevins sabía que, una vez en manos de sus herederos, nadie se atrevería a despojarles de la joya.

El juez guiñó un ojo.

—Diana.

—Sí —gruñó el *sheriff*—. Nevins sólo dejaría la joya a un tipo que valiera para defenderla contra viento y marea. Conocía bien a sus pupilos.

Askert continuó sonriendo con el ojo cerrado.

—Diana —repitió.

Lodge se ajustó el cinturón y dijo:

—Bien, juez Askert. ¿Conocía a alguno de esos hombres que lo atacaron?

El juez delató un estremecimiento.

—Santo Cielo, fue horrible. No, Lodge. Nunca había visto caras tan espeluznantes.

—¿Tuvo algún percance durante el camino?

—También tomé mis precauciones. Viajé con nombre supuesto y puse en práctica algunas triquiñuelas para despistar, que le harían reír. Pero se ve que me seguían con el olfato y me localizaron por fin. Ni sé cómo pudieron identificarme.

—¿Cree que están relacionados con «El Ojo del Diablo»?

Askert torció los labios y se mordió el inferior con el colmillo.

—Cualquiera sabe. Esa joya atrae la fortuna y la muerte…

—Sabemos el cuento, juez.

Askert suspiró produciendo un silbido bronquial.

—Bueno, también pudo tratarse de tipos que me la tenían jurada a causa de mi profesión. Ya le dije que un juez anda sobre cáscaras de plátano cuando sale de su jurisdicción. Hay tipos en las cárceles que susurran su nombre para cuando salgan a la luz de la libertad. Con ciertos jueces se hacen cosas muy feas con toda clase de herramientas que van desde el «Colt» hasta la porra de hierro.

El *sheriff* le colocó una manaza protectora sobre el hombro.

—Le repito que no sufrirá ningún daño, juez Askert.

—Ojalá —el juez se aflojó el cuello almidonado.

—Lo que deseo es que el asunto del «Ojo del Diablo» sea abreviado. Me refiero a que el desconocido mensajero entregue pronto la joya y todos ustedes se vayan en paz.

Lodge sacudió la cabeza.

—Entendemos perfectamente, *sheriff*. Usted desea que ahuequemos cuanto antes.

El *sheriff* tosió.

—Detesto las detonaciones en la ciudad. Maheston City es un pueblo modelo y quiero que siga así durante muchos años.

El juez Askert atrapó vivamente la valija y trotó hacia la puerta.

—Estaré refugiado en el hotel, señores.

Se detuvo al ver de pronto bloqueada la puerta por una hermosa mujer.

Ella sonrió a los tres ocupantes de la tienda y fijó su mirada en el joven, a quien obsequió con la blancura de sus dientes destacados entre sus labios muy rojos.

—¡Usted es el maravilloso señor Lodge!

Ken pestañeó, sonriendo perplejo. Se le aproximó.

—¿Quién le ha hablado de mí, preciosa?

Ella agitó las largas pestañas en dirección al *sheriff* y formó una divertida «o» con los labios.

—¿No le habló de mí, *sheriff*?

Benson hizo una mueca.

—Perdone, señorita Austin. Pero con los acontecimientos se me borró de la memoria —miró a Lodge—. Es Shirley Austin, la dueña

de la joyería de la ciudad.

Shirley sonrió radiante al joven y alargó una mano.

—Me siento muy complacida de conocerle, señor Lodge. Me lo había imaginado tal como es.

Ken Lodge tomó los dedos de ella y por primera vez hizo lo que vio un día en el teatro. Le besó la mano, lo cual pareció tener muy buena acogida, pero erró al depositar el beso en el dorso de la mano, cosa de unas pulgadas, y lo hizo en la muñeca, lo cual le provocó un cosquilleo galvánico a lo largo de la espina dorsal. Aquella piel era de seda.

Ken levantó la mirada poco a poco, debido a lo mucho que había que ver antes de enfocar la vista en el maravilloso rostro femenino.

Ella tenía una cintura muy estrecha, evidentemente sin trampas ortopédicas, y lo demás quedaba bien destacado y tenía visos de autenticidad. El busto era alto, firme y bien modelada y estaba en estrecha colaboración con las caderas amplias.

Ken replicó con la voz ligeramente ronca:

—En cambio, yo nunca la hubiera imaginado tan estupenda.

Shirley bajó un poco los párpados y sonrió.

—Es usted muy galante, señor Lodge.

El juez Askert presenció el truco de la mano y quiso ponerse en cola, pero Shirley se las ingenió para darle a besar las largas uñas.

—Encantada, juez Askert.

Askert dobló el espinazo. Luego, se enderezó con una mueca.

—Supongo que viene a causa del «Ojo del Diablo».

Shirley carraspeó deliciosamente.

—Oh, no quería entrar tan pronto en materia.

Lodge no apartaba la vista de ella ni para pestañear. Prácticamente, le estaba sacando una fotografía de cuerpo entero.

—Usted y yo podemos entrar en materia en cualquier momento —dijo.

Shirley frunció el entrecejo.

—Verá, señor Lodge. He querido adelantarme en varias cosas.

—¿Cuáles, Shirley? —Lodge iba a agregar que estaba muy adelantada en todo, pero se calló a tiempo. Aquella estupenda mujer le hacía oír el fallo de sus propios frenos.

—En primer lugar, quiero felicitarle por ser tan afortunado en poseer la mejor esmeralda que el país.

—No tardaré en tenerla en mis manos.

El juez alzó las cejas beatíficamente.

—En realidad, el señor Lodge posee la esmeralda ya, jurídicamente, quiero decir.

Shirley volvió a sonreír.

—Y estoy segura también de que no tardará en recibir algunas ofertas interesantes.

—Todo muy interesante —repitió Lodge.

—Estoy segura de que usted… convertirá en dinero «El Ojo del Diablo».

—¿Por qué cree eso, señorita Austin? —preguntó Lodge.

Shirley inspiró profundamente y distrajo la atención de Ken sobre el tema.

—Supongo que conoce la historia del «Ojo del Diablo».

El juez enseñó las mellas de la dentadura.

—Mi protegido legal, señor Lodge, conoce someramente la historia de la esmeralda. Sabe que atrae la fortuna y la muerte, pero opina una cosa bien concreta.

—¿Qué cosa, juez?

Askert se encogió de hombros.

—Que vale un montón de dólares.

—¿Cuántos? —preguntó Shirley asomando a sus hermosos ojos un brillo profesional.

Lodge se encaró con la joven.

—¿Me está haciendo una oferta?

—Ya le dije que tenía la opinión de que querría convertir la esmeralda en dinero efectivo.

Lodge sonrió mirándola a las pupilas.

—¿De modo que quiere comprar el Ojo, eh?

Shirley le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Es uno de los motivos por los que he querido entrevistarle.

—Dígame, señorita Austin. ¿No tiene miedo de «El Ojo del Diablo»?

Shirley ensanchó la sonrisa.

—Los profesionales estamos al margen de las leyendas, señor Lodge.

—Sin embargo, revolotearán en torno a la joya individuos con feos revólveres que no serán legendarios.

Shirley rió.

—Veo que usted no conoce bien los pormenores de esta clase de negociaciones, señor Lodge.

—Sáquenos de la ignorancia, Shirley.

La muchacha se dirigió a los tres hombres en general.

—Ustedes comprenderán que el verdadero peligro estaría si la joya llegara a manos del señor Lodge. En ese caso no sería extraño que gente desaprensiva quisieran apoderarse de la reaparecida joya por medio de la violencia.

El *sheriff* dejó escapar un gruñido.

—Como sucedió hace años —dijo—. Les aseguro que no me gustaría nada que eso ocurriera en Maheston City.

Shirley frunció los labios en un mohín.

—Sin embargo, si la joya es vendida a un representante del Gremio de Joyeros, la transferencia de la propiedad de la joya no se realizará de mano a mano. ¿Entiende, señor Lodge?

—Lo entendí mucho antes de que lo enfocara, Shirley. Usted quiere decir que bastarán unas cuantas órdenes legalizadas para que «El Ojo del Diablo» quede depositado en un Banco, dispuesto a sucesivas transacciones.

—Es usted inteligente, señor Lodge.

Ken entrecerró los ojos.

—Y ahora sólo me queda anotarme el acierto de que usted es uno de los miembros del Gremio de Joyeros del Estado.

Shirley asintió con un suave movimiento de cabeza.

—Como propietario de la Joyería de Maheston, lo soy, señor Lodge.

—¿Cuánto va a ganar usted con la joya, Shirley?

Ella pestañeó.

—¿Cómo?

—Me refiero a que usted cobrará su parte por servir de agente.

El rostro de la muchacha estaba menos sonriente, casi serio.

—Desde luego. Forma parte de mi negocio, además de vender al público.

—Entiendo.

Shirley observaba al heredero de «El Ojo del Diablo» con una mirada especial.

—Usted es un hombre afortunado, señor Lodge.

—Ya. Tengo la esmeralda…

—No me refiero a eso concretamente.

—¿Puede explicarse?

Shirley dulcificó la expresión.

—Quiero decir que ha tenido suerte en acudir a Maheston City para el asunto de su herencia. Le voy a hacer una oferta inmejorable.

El *sheriff* y el juez sonrieron nerviosamente y se comunicaron la satisfacción con la mirada.

Ken ladeó la cabeza.

—¿Cuánto, Shirley?

La muchacha aspiró profundamente.

—Veinte mil dólares.

El *sheriff* y el juez interrumpieron el resuello. Ken atrajo las miradas y quedó pensativo. Shirley empezó a sonreír triunfalmente.

—Se ha quedado sin habla, ¿eh, señor Lodge? Ken la observó complacido.

—Usted es capaz de quitarle la respiración a cualquiera.

Shirley rió divertida.

—Acepta, ¿eh? —Se volvió hacia el juez Askert—. Disponga los documentos para la venta, señor Askert.

El juez relinchó alegremente brincando hacia la valija de documentos.

—¡Tengo un documento preparado «*ad hoc*» para la venta «*ipso facto*»! ¡Ajajá!

—No vendo.

Todos se volvieron de golpe hacia Ken Lodge.

Shirley alzó una ceja.

—¿Cómo ha dicho, señor Lodge?

Ken sonrió con todos los dientes.

—He dicho que no vendo, Shirley.

La joven tragó aire repentinamente.

—¡Pero usted dijo!…

—No dije nada.

Shirley apretó los labios.

—¿No le satisface la oferta?

—Mucho, Shirley. Veinte mil dólares es una buena cantidad.

Shirley pareció aliviarse.

—Oh, entiendo. Usted quiere meditarlo antes de tomar una decisión. Sí. Es lógico que cualquier decisión en la vida sea meditada antes de tomarse.

Ken dio una cabezada.

—Lo he meditado ya, Shirley. No vendo.

Ella retrocedió un paso, los ojos relampagueantes.

El juez Askert saltó hacia Ken.

—¡Lodge! ¡Es una buena oportunidad! ¡La ocasión que entraña menor riesgo!

Lodge sacudió la cabeza de un lado a otro.

El *sheriff* hizo una mueca enseñando los colmillos.

—¿Qué se propone, Lodge? Usted sabe tan bien como yo que ese «Ojo del Diablo» atrae los líos como el imán el hierro. Ya vio cómo empezó la discusión entre sus coherederos.

—A veces trae la suerte, *sheriff* —dijo Ken.

El *sheriff* ahogó una imprecación.

El juez Askert protestó con voz aguda.

—Dios Santo, sería el único medio de que volviera rápidamente a Nelsonville. ¿Se da cuenta de las grandes cosas que se pueden hacer con veinte mil pavos, muchacho?

Shirley observó irónicamente a Lodge.

—Creo que sé por dónde va el señor Lodge.

Ken alzó una ceja.

—¿De veras, Shirley? Léame los pensamientos.

—Usted quiere demorar la venta para obtener más dinero. ¿Es eso, señor Lodge? Bien, puedo ofrecerle dos mil más. Ahora ya no hace falta que disimule que sabe tratar de negocios.

Lodge sacudió la cabeza.

—Usted es maravillosa, Shirley. Pero se equivocó esta vez. Quiero poseer «El Ojo del Diablo».

—Muy bien, señor Lodge —dijo Shirley conteniéndose a duras penas—. Nadie mejorará mi oferta. Si lo piensa mejor, ya sabe que tiene veintidós mil dólares por la esmeralda. Buenos días, señores.

A continuación, abandonó el establecimiento y aunque trató de disimular la agitación que sentía, el fuerte taconeo de sus zapatos resonó a lo largo de la acera.

Lodge carraspeó sobresaltando a los dos hombres que lo contemplaban incrédulamente.

—Me encontrarán en el hotel, señores.

El juez se precipitó en pos de Ken.

—¡Un momento, muchacho!

Ken se detuvo, volviéndose a medias en el hueco de la salida.

—Pierde el tiempo, juez.

Askert sacó rabiosamente un sobre de la valija. Iba lacrado por todas partes.

Ken tomó el sobre de manos del juez.

—¿Qué es esto, señor Askert?

—Una carta del viejo Nevins —dijo—. Sí, muchacho. El viejo Nevins siempre me dijo que aconsejaría la venta de la joya a sus herederos. Ahora que ellos han muerto, puedo decirte que John Nevins tuvo la certeza de que tú poseerías la joya al fin. Por eso me entregó esta carta como recurso. Estoy seguro de que será la única forma de convencerte.

—¿Qué dice, juez?

Askert sacudió la cabeza.

—El pobre John quiso que fuera un mensaje «*post mortem*» entre tú y él. Desconozco el contenido. Pero estoy seguro que entre sus consejos figura la venta de la joya. Lee y medita, muchacho.

Ken observó la grave actitud del juez y asintió en silencio.

Luego se alejó y a los pocos minutos llegó al hotel.

Empezó a sentir curiosidad por aquel mensaje escrito por un hombre muerto y, a la puerta de su apartamento, no pudo resistir la tentación de echar una ojeada por lo menos a la letra casi ilegible del sobre. Decía:

> «A mi más querido protegido, Ken Lodge, el muchacho en quien siempre puse mis esperanzas».

Ken sintió un nudo en la garganta y fue a empujar la puerta de la habitación, pero alguien lo hizo desde adentro y una voz ronca dijo:

—Pase, Lodge. Lo estábamos esperando.

CAPÍTULO IV

Ken entró en la habitación y vio a dos hombres en el centro.

La puerta se cerró a sus espaldas dejando ver a un tercer sujeto.

Ken se hizo cargo de los visitantes.

El que le había hablado y abierto la puerta se colocó delante de él y le mostró un rostro grande como una sandía, donde campeaba una cicatriz de bala sesgada.

Los otros dos eran más anodinos. Uno tenía el rostro fláccido, soportado por un cuerpo delgado y largo, y el otro una expresión porcina y miraba alternativamente a cada uno de sus socios.

Ken inspiró profundamente.

—¿Quiénes son ustedes? —dijo al de cara de sandía.

El individuo sonrió amablemente, pero la cicatriz le tiraba de un lado del rostro y le confirió una fea mueca.

—Somos sus compañeros, Lodge.

Ken observó las trazas de los tres sujetos y llegó a la conclusión de que eran forajidos. Tenían los revolverse más bajos y las culatas abrillantadas por el uso.

—Tendré que cuidarme en escoger las amistades.

«Cara de Sandía» rió.

—Tal como lo describía el viejo John.

—¿También conocía a Nevins?

—Sí, Lodge. Trabajamos con él hace unos años.

—Ya voy viendo claro.

«Cara de Sandía» se tocó el pecho con el pulgar.

—Yo me llamo Henry Cappobey. —Con el mismo dedo apuntó sucesivamente a sus compañeros—: Este delgado es Bev, y el otro Rick.

—Es un placer, muchachos.

Henry Cappobey se pasó la mano por la cucurbitácea que le hacía el papel de cara.

—Estamos seguros de que el viejo Johnny nos recordaría también en su testamento, Lodge. Éramos para él como hijos.

Ken suspiró.

—Las prerrogativas sólo han sido para los legítimos.

El delgado Bev torció la cabeza y dijo por la comisura de la boca:

—Nos está llamando bastardos, Henry. Conque avívate.

Henry convirtió los ojos en dos grietas y, sin embargo, siguió viendo por allí.

—Ken, tiene que ser bueno con nosotros.

Ken Lodge se desperezó.

—Muchachos, tengo ganas de echarme un rato. ¿Por qué no hablan claro y pronto?

Henry consultó con la mirada al avispado Bev, quien asintió guiñando un ojo. Se volvió otra vez hacía Ken Lodge.

—Tú vas a vender el pedrusco.

—Vais a ofrecerme un buen precio, ¿es eso?

Henry sacudió la cabeza sonriente y la cara descompuesta por la cicatriz pareció ir a desprenderse por los carrillos.

—No, Ken. El negocio es otro.

—No lo cazo.

—Está claro, muchacho. Vas a venderle la piedra a la chica de la joyería. Bev anduvo por allí con la oreja despegada y cazó parte del diálogo.

—Vaya con Bev.

—Estas orejas oyeron cómo te ofrecía veintidós mil machacantes. Sí, Ken. Creo que podrías apretarla un poco más y sacar un par de miles para nosotros.

Henry arrugó la boca compungidamente.

—Estamos en la miseria, Ken.

Ken Lodge observó al trío y sintió una especie de hormigueo en la boca del estómago que identificó con un conato de náuseas. Aquellos tipos no esperaban otra cosa que poner la mano encima de los veintitantos mil dólares para darle al «Colt» y quedarse con todo.

—Lo consultaré con la almohada, muchachos. Ahora, si me

dispensan…

Fue hacia la cama, pero ninguno de ellos se movió.

Henry chascó la lengua.

—Mira, Ken —dijo con acento pesaroso—. Te quería hablar de Rick. ¿Lo oyes?

Ken reparó por segunda vez en el individuo anodino cuyo cuello corto remedaba el de los búfalos.

—¿Qué hay de Rick?

—No sabe hablar, pronunciar las palabras como nosotros. Es de nacimiento. Pero, oye. Ahora él sabe que no tuerces el brazo. Verás, es un chico que maneja muy bien el revólver por la culata. Un caso raro, ¿sabes? Su revólver no lleva balas. Simplemente lo utiliza para pegar en la cara. Te digo que es cosa de ver.

Rick estalló en una risa de hiena.

Sacó un revólver, pero lo llevaba colocado del revés y lo asió por el cañón.

Henry hizo una mueca y se tocó la sien.

—Para mí que no está muy bien de aquí.

Ken apretó la mandíbula.

—Ya me lo enseñaréis después, chicos.

Henry se encogió de hombros y enseñó las palmas de las manos en un gesto de impotencia.

Ken dio un paso. Entonces, Rick, el semimudo, volteó el «Colt» hacia la cara de Ken, con la misma velocidad que la cola de un escorpión.

El mismo Ken se llenó de perplejidad en la fracción de segundo y dio gracias a sus veloces reflejos para evitar el golpe.

No perdió el tiempo, pasada la primera sorpresa, y asió el brazo de Rick. Le dio vuelta y movió un puño, todo en menos de un quinto de segundo.

Sonó un chasquido impresionante y Rick salió inexplicablemente cabeza abajo y entró en contacto con el suelo al tiempo que se estrellaba contra el lavabo.

Ya no se movió.

Henry abrió la boca de sorpresa.

—¡Increíble!… —dijo, con un hilo de voz. Pero no se había dormido, porque él y Bev tenían las armas en las manos mientras Ken golpeó a Rick.

Ken miró los revólveres.

—Mal cariz toma esto, muchachos.

Henry dijo por entre los dientes prietos.

—Sal delante.

—¿Adónde vamos, muchachos?

Henry sonrió ahora haciendo un esfuerzo.

—A la joyería de la chica. Vas a firmarle el papelito que nos dará el viejo juez Askert. Sinceramente, tenemos mucha prisa.

Ken pareció ponderar la cuestión y finalmente asintió.

Salió de la estancia con los dos sujetos a sus espaldas.

Cuando llegaron a la calle, enfundaron las armas sin soltar las culatas y Ken vio por el cristal de un escaparate que la ocasión se había presentado.

Saltó a la calzada.

Henry empezó a sacar el «Colt».

—Bien, Ken. Palabra que nosotros queríamos hacer las cosas más fáciles. Ahora tendrás un relleno y de todos modos tendremos «El Ojo…

—… del Diablo» —agregó Bev.

Pareció ser la señal, porque los tres hombres sacaron las armas y los disparos retumbaron en la calle.

Ken fue el primero en caer, pero no era él el muerto.

Sin embargo, Henry y Bev se mantuvieron de pie y de repente se desplomaron a un tiempo quedando despatarrados sobre la acera.

Al mismo tiempo estalló la confusión en plena calle y la gente corrió de un lado a otro buscando un escondrijo que ya no era necesario.

Cuando todo se aclaró algo más, Ken vio un grupo a su alrededor y al *sheriff* Benson impartiendo órdenes a rugidos:

—¡No quiero tumultos! ¡Vamos, todo el mundo fuera de aquí! Por favor, señores. Despejen la vía pública.

A pesar de las órdenes del *sheriff*, una multitud de curiosos rodeó a Ken Lodge, quien se sacudía el polvo de las ropas.

El *sheriff* se acercó al joven.

—¿Quiénes eran estos tipos, Lodge?

—Antiguos colegas.

—Entiendo, Lodge.

Ken suspiró.

—Bien, todos han podido ver que querían mi piel.

Freemont, el funerario, se abrió paso muy sonriente.

—Por lo menos me beneficia a mi señor Lodge. No me gusta ser hipócrita.

Ken asintió.

—Pagaré los gastos del entierro.

El *sheriff* volvió en sí después de repasar los cadáveres con mirada incrédula.

—Muchacho —dijo distraídamente—. El gesto le honra.

De pronto, se le atragantaron las palabras en una maldición.

Ken sacudió pesarosamente la cabeza.

—Es lo menos que se puede hacer por ellos. Eran como hermanos.

El *sheriff* cazó el sentido de las palabras de Lodge y gruñó enseñando los dientes:

—Apuesto a que también se criaron juntos.

Lodge señaló con la cabeza el cadáver de Henry que ofrecía impresionantes señales de impactos.

—Ese de ahí me daba el biberón cuando me despertaba a medianoche.

El *sheriff* dijo con la mandíbula contraída:

—La vida es un complejo contradictorio. —Pero no entendió sus propias palabras.

Un anciano empezó a toser, la mirada fija en los muertos, y se llevó una pastilla negruzca a la boca para calmar el acceso de tos.

El funerario palmeó a Lodge.

—Conserve la ecuanimidad, Lodge.

El anciano de la pastilla estalló en un sollozo y se apoyó en el hombro de un robusto individuo, que lo acogió acomodándole la calva.

Por detrás de Lodge se escucharon un par de sorbetones de llanto.

El funerario ensanchó el rostro sonriendo.

—Bien, señores. Háganme sitio. No vamos a morirnos de congoja. Unos vienen y otros se van.

—Sí —dijo Lodge empezando a moverse hacia la acera. Luego movió el «Colt» como si se despidiera de los caídos—. Nunca os olvidaré, chicos.

Varios de los presentes prorrumpieron en amargos sollozos, incapaces de contenerse, como si las últimas palabras de Lodge rebosaran el vaso emotivo.

El viejo de la pastilla propuso que se entonara un himno fúnebre, pero estaba tan bebido que al iniciar los primeros compases tropezó en la columna del *saloon* y se estrelló de cabeza contra el barril de gaseosas.

El *sheriff* Benson explotó entonces con una sarta de maldiciones espantosas y aulló con voz tonante, pero Ken Lodge ya había llegado otra vez a su habitación del hotel.

Ken vio que el semimudo Rick habíase esfumado y se tendió en la cama rompiendo el pliego que le dirigía el difunto John Nevins.

Leyó:

> «Querido Ken: Cuando tú leas estas líneas yo estaré convertido en fiambre. Sí, muchacho. Seré un montón de polvo, pero te estaré mirando desde arriba. O tal vez desde muy abajo. Perdona las faltas de escritura de este viejo bastardo, pero ya sabes que nunca supe mucho de letra. Lo único que persigo al mandarte esta carta que te parecerá llegada del más allá, es una sola cosa que espero te metas bien en la sesera:
>
> »No vendas jamás “El Ojo del Diablo”».

CAPÍTULO V

… «No lo vendas nunca, Ken. Por ningún precio.

»Seguro que te figuras que estoy medio chiflado por hallarme al borde de la sepultura. Pero te juro que estoy en mis cabales, hijo mío. La esmeralda da la suerte y cuando la poseas lo comprobarás. Arnold Askert, ese viejales chiflado que se precia de ser juez, conoce toda la historia de la gema y puedes pedirle información si te interesa. Lo único que sé yo con certeza es que si no la vendes te traerá la Fortuna. "El Ojo del Diablo" debe ser regalado o birlado, lo mismo da, para que surta los benéficos efectos. Yo la adquirí a cambio de dejar intacto el pellejo del tipo que la poseía. Y te juro que desde entonces cambió todo para mí. Muchos años antes la vi arrancar del fondo de la levita de un cadáver. Fue en un *saloon* y yo era un mero testigo. Pero sólo con verle el brillo me juré que algún día aquella maravilla tenía que pasar a mi poder. En el deseo me ayudó mucho una hembra de respeto. Yo estaba por sus huesos. Ella también se deslumbró al ver los destellos. Te estoy hablando de la mujer de mi vida. Audrey Cameron, la chica de las 69 pulgadas de busto. Debiste conocerla. Por ella corrí como un loco detrás de la joya hasta que la conseguí. Entonces fui a reunirme con Audrey en la ciudad de Nelsonville. Fue después de dar el esquinazo a todos mis hombres, harto de tanto bastardo. Cuando llegué a la cita, Audrey se había largado con un viajante de bujías de

sebo. Entonces comprendí que la joya me estaba favoreciendo y me libró de una fulana casquivana. Sí, hijo mío. Pero no acabó allí todo. Andaba yo rumiando mi fracaso por el Valle de las Vértebras cuando de pronto vi un destello metálico a lo lejos. Seguí el camino mientras apretaba la esmeralda en mi mano y topé con el filón. Con lo que me produjo pude darme la gran vida, cosa que nunca pude, aunque me daba maña en desvalijar cajas de efectivo. Incluso me permitió el lujo de convertirme en un tipo respetable en Nelsonville. Pero la cosa llegó a más. Conseguí también adquirir una conciencia. Conciencia, hijo mío. Entonces gestioné el modo de ir indemnizando a las Compañías que había perjudicado. Me regeneré. Arnold Askert me sacó un tanto por ciento en las negociaciones, pero finalmente obtuve la paz. Todo lo debía a "El Ojo del Diablo". La esmeralda me había ofrecido lo que muchos tipos buscaron sin encontrar jamás. Y pensé que alguien debía aprovecharse de la piedra después de que yo inclinara el cuello. Ahora viene lo bueno, muchacho. Siempre pensé que tú serías el elegido. Yo pondría la joya en manos de mis mejores hombres, pero sabía que tú, tarde o temprano, disfrutarías de ella. Estoy seguro de que lo has conseguido y me complace verlo desde aquí arriba, Ken. En cambio, si son los bastardos de Ted, Ray o Hugh quienes la poseen puedes tener por seguro que no es mi voluntad. En estos momentos que empiezo a percibir el olor de tierra húmeda de la fosa, presiento que tú la conseguirás. Es posible que te los tengas que cargar. Pero sé que ellos serán los primeros en "sacar". Tú, Ken, has sido el mejor de mis muchachos. Nunca olvidaré aquella vez que todos me abandonaron cuando el *sheriff* Croket me tenía acorralado y tú te jugaste el pellejo sacándome del asadero. Por eso deseo

que tú seas quien llegue a adueñarse de “El Ojo del Diablo”.

»Nunca lo vendas, Ken.

»Es posible que el viejales de Askert te aconseje lo contrario. Pero mándalo al diablo. No debes fiarte mucho de él. Aunque es el mejor tipejo que he encontrado de parte de la ley. No le quites el ojo de encima, a pesar de todo. El tampoco conoce al hombre que te entregará la esmeralda por debajo de la manta. Se trata de un tipo serio del que me fío más que de nadie. La recibirás a su debido tiempo, cuando Arnold Askert haya hecho uso de los malabarismos legales para entregarte el “0jo”. Sé paciente y no apartes la mano del “Colt”. Sírvante las lecciones que te di. No olvides el truco del sobaco, Ken. Abre los ojos. Y para terminar, te aconsejo que sigas mi ejemplo: Ofrece la joya a la mujer que escojas. Es la mejor inversión y verás cómo te rinde dividendos. Y acuérdate siempre de este viejo bastardo que se llama…

»John Nervis».

«*Post*-data: Ordené al juez que quemara esta carta si tú no eras el elegido. Puedes leérsela para que te felicite. Adiós, hijo mío».

Ken terminó la lectura en voz alta, pero ahora lo hacía por segunda vez, pues se hallaba en la oficina del *sheriff* Benson.

El *sheriff* y el juez se le quedaron mirando después de la lectura.

Hubo un largo silencio en la oficina.

—Empecé a leer la carta en mi habitación, pero he seguido el consejo del viejo John respecto a leérsela a usted, juez Askert. ¿Quién decía que John Nevins quería que vendiese la joya?

El anciano juez Askert se puso de pie de un brinco y escupió rabiosamente hacia la pata de la mesa.

—Maldita sea —exclamó—. ¡Te aseguro que John me dijo que lo mejor sería que recogieras la pasta! Si llego a saber el contenido de

la carta…

—No me la habría entregado, ¿eh?

—¡Poseer esa joya es tener la piel en venta, Ken!

El *sheriff* cambiaba la mirada canina de uno a otro y emitía lentos gruñidos.

El juez se restregó las manos nerviosamente.

—La verdad es que Nevins me pareció siempre un chiflado.

—No está bien hablar mal de los muertos, juez.

Askert apuntó con un dedo.

—Te podría poner los pelos de punta con sólo contarte las andanzas de «El Ojo del Diablo». Docenas de tipos han muerto con ella en la mano.

—Ya ha repetido eso varias veces, juez.

—Y otros sujetos murieron incluso antes de llegar a tocarla. ¡Buena suerte! —El viejo Askert se carcajeó dolorosamente—. Y un cuerno. Sólo regalaría la joya al tipo que yo le tuviera rabia. Sería el único modo de buscarle un embrollo de grueso calibre.

Ken trasladó la mirada al *sheriff*.

—¿Qué opina usted, autoridad?

El *sheriff* se desenroscó del asiento.

—Estoy harto de ver muertos por causa de este condenado asunto, Lodge. Eso es lo que opino.

—Alejaré la plaga en cuanto entre en posesión de la joya, *sheriff*.

El representante de la ley se enjugó la boca y lanzó un chorro de saliva al cajón con serrín que servía de escupidera.

—Me gustaría saber cuándo va a recibirla, Lodge.

—¡Je! —Hizo Askert de mal humor—. También quisiera saberlo yo, señores. ¿Cuándo asomará las narices el individuo escogido por Nevins?

Ken Lodge frunció las cejas.

—Infórmenos usted, juez Askert.

—Eso quisiera yo, estar enterado, Ken. Pero el pajarraco de John no se fiaba ni de su propio padre Nunca me lo dijo. Sólo conozco la fecha en que ese hombre se pondrá en marcha: 28 de agosto.

—Fue ayer.

El *sheriff* resolló.

—En ese caso, supongo que el desconocido mensajero de la joya estará al caer. Le diré a mi ayudante que tenga los párpados bien

abiertos para que localice a los forasteros más peculiares y no los pierda de vista. Quiero una protección total en este asunto.

El juez gruñó por un costado de la boca:

—Gracias, *sheriff*. Y no se olvide de protegerme a mí también. No me extrañaría recibir un balazo en la cresta.

El *sheriff* tosió.

—Tranquilícese, juez. ¿Quién habla de morir?

En eso el viejo se sobresaltó al oír a sus espaldas la voz de Freemont, el funerario, quien sonreía mostrando un largo papel.

—Oh, perdóneme, juez Askert, ¿es usted quien me ha de abonar la factura de los… sepelios? Por el señor Lodge…

Askert se incorporó de un salto.

—¿No puede dejarnos en paz un momento, Freemont?

—Oh, perdonen. Descansen en paz. —Freemont se retiró al arrancar un gemido de la garganta del viejo juez.

Ken lo vio enjugarse el sudor con un feo pañuelo.

—¿Identificó a los dos hombres que me sorprendieron en el hotel con alguno del sexteto de jinetes que lo empotró en el escaparate, juez?

Askert se guardó el pañuelo.

—Ya te dije que estoy seguro que eran de la pandilla. Por eso estoy tan intranquilo. Porque quedan todavía cuatro.

El *sheriff* sonrió fanfarronamente.

—Apuesto a que están lejos de aquí, señores. Las autoridades de Maheston City tenemos fama terrible entre los forajidos.

—Pues están rondando por el pueblo, *sheriff* —dijo Tom, el ayudante, que acababa de entrar.

Los tres ocupantes del despacho se volvieron hacia él. El *sheriff* tenía un gesto extraño.

—¿Los has visto, Tom?

Tom se encogió de hombros y se pasó un dedo por debajo de la nariz.

—A la vista de pájaro, *sheriff*. Eché a andar tras ellos y les perdí de vista entre el público del «Saloon Teatro». Está abarrotado. Ah, *sheriff*, si viera… Carmencita está imponente con el nuevo vestido de volantes. En los dos bailes de la tarde nos ha dejado a todos de una pieza. ¿Por qué no viene, jefe?

El *sheriff* se incorporó sujetándose el cinturón. Tosió.

—Tendré que echar una ojeada para prevenir males. Ken y Arnold Askert salieron con él de la oficina.

El *sheriff* se encaminó hacia el local donde actuaba Carmencita, y Ken y el juez se quedaron en la acera.

—¿Dónde queda el negocio de Shirley? —preguntó Ken.

Su señoría abrió los ojos con expresión radiante.

—¿Has decidido venderle «El Ojo del Diablo», muchacho?

Ken echó a andar seguido del juez que danzó en torno a él.

—No, juez. Sólo me proponía lanzar una mirada a sus negocios.

—Conque a sus negocios, ¿eh? —Torció la cara el juez.

—Apuesto a que lo tiene montado todo con muy buen surtido.

El juez pestañeó intencionadamente.

—Ya vi que le repasabas con la vista todas las existencias. Creo que a causa de eso no te fijaste bien en la excelente proposición que te hizo.

Ken sacudió la cabeza.

—No sea mal pensado, señoría. Al referirme a su negocio, quise decir eso exactamente: su negocio en joyas.

—Ya.

—Aunque la verdad es que se me cortó el resuello cuando la vi.

—Seguro que habrías aceptado la oferta de los veintidós mil dólares si el agente hubiese sido un tipo barbudo.

—Prefiero a Shirley, juez. —Ken siguió la dirección que le daba el viejo con el dedo.

—Demonios, muchacho. ¿Por qué no cedes de una vez y lanzas por la borda los estúpidos consejos del viejo loco de John? ¡Vende!

—Siempre fueron buenos los consejos del viejo John, juez.

Se interrumpió al llegar frente a un establecimiento de joyería muy bien montado.

El escaparate mostraba una serie de chucherías de buen gusto que estarían por encima de los cincuenta dólares. Había sortijas, pendientes, colgantes, broches y algunos relojes Roscoff de oro.

Shirley estaba detrás de un pequeño mostrador que servía al mismo tiempo de vitrina. Atendía a un cliente bien vestido.

Ella vio a Lodge por encima del hombro del cliente y su rostro mostró una expresión de intensa satisfacción.

Se excusó ante el caballero y bordeó para salir al encuentro de los dos visitantes que ya cruzaban el hueco de la puerta.

Se detuvo, sonriendo con una pizca de ironía a Ken Lodge.

—Vaya. Estaba segura de que por fin vendría a concertar la venta.

Ken se desentendió de las joyas, y los destellos de ella lo atrajeron de inmediato dándose un banquete con la vista.

—No pude resistir la tentación de venir, Shirley.

La joven sonrió más abiertamente.

—Me lo figuré, señor Lodge. Desde que nos despedimos, pensé que no tardaría mucho en verle de nuevo.

Ken lanzó una ojeada a las vitrinas.

—¿Tienen cadenas para reloj?

Shirley arrugó la naricilla.

—¿Cómo?

—Digo si tiene cadenas para reloj.

Ella se humedeció los labios.

—Sí. Desde luego, pero…

—Necesito una. Oh, verá, nada especial. Que no ande por encima de los tres dólares.

Ella contuvo a duras penas una reacción indignada.

—¿Quiere embromarme, señor Lodge?

Ken le prestó larga atención.

—No sería capaz de embromarla por nada del mundo.

Shirley apretó los labios.

—De modo que ha venido solo a comprarme una cadena de reloj.

El juez Askert carraspeó, despejándose el tronco bronquial.

—Verá, señorita Austin. Mi protegido legal suele acometer las negociaciones comenzando con un preámbulo de cajón…

La joven los miró desorientada.

—¿Qué se proponen?

El juez fue acometido por un golpe de tos y Ken aprovechó el momento para acercarse más a la hermosa joven.

—Créame, Shirley —dijo mirándola a los ojos—. Quería ver sus cosillas… En… Me decido de momento por esas magníficas cadenas de reloj.

Shirley acusó en el rostro la creencia de que alguien quería reírse de ella y la indignación se traslució un momento en sus bellas facciones, pero logró dominarse.

—Muy bien, señor Lodge —dijo con la voz en otro tono—. Escoja usted mismo.

Él no tenía más ojos que para ella.

—Me lo quedo todo —dijo mecánicamente.

—¿Cómo? —estalló Shirley.

Ken sonrió, calmándola con un gesto de ambas manos.

—Quería decir que me gustaría quedarme con toda su joyería. Tiene usted cosas muy interesantes, pero elijo la cadena.

Ella introdujo las manos en la vitrina y sacó un muestrario de cadenas con cierta brusquedad.

—Elija.

En eso el silencioso cliente se tironeó de la elegante levita y percutió en el cristal del mostrador con el diamante de un broche que habría atragantado a un tiburón.

—Shirley… Le recuerdo que estoy esperando.

La joven se volvió hacia él como si lo viera por primera vez y mostró una sonrisa profesional.

—Oh, dispense, señor O’Brien. Vuelvo a estar con usted.

El cliente tendría unos cuarenta años, era guapo y moreno, de ojos negros muy brillantes y sonrisa contagiosa.

—Ha hecho bien en atender a estos forasteros. —Y agregó con sorna—: Podrían haber sido clientes de importancia.

Ken y Arnold lo observaron con detenimiento.

Fue el juez quien tosió para atraer la atención.

—El señor Lodge es importante, caballero. Se trata del heredero de «El Ojo del Diablo». Todo hombre culto debe haber oído hablar de la joya.

El rostro del simpático O’Brien sufrió una transformación y su sonrisa se ensanchó. Abandonó el mostrador acercándose con la mano tendida.

—Caramba, señor Lodge —se dirigió a Ken—. Celebro conocer a un personaje que está a la orden del día. Sólo se habla de usted en toda la ciudad.

Ken estrechó la mano del llamado O’Brien.

—Las noticias corren como la pólvora, amigo.
O'Brien
soltó una sonora carcajada.

—Dirá usted que las noticias vuelan a causa de la pólvora, Lodge. Usted produce tanto ruido con «El Ojo del Diablo» como con el revólver. Sabe defenderse, amigo.

Ken sonrió a su vez.

—Hoy se sobrevive a la defensiva,
O'Brien.
O'Brien
batió palmas.

—Bravo, Lodge. Veo que usted además es filósofo.

Shirley vio que el diálogo tomaba una derivación poco a tono con las circunstancias y carraspeó.

—¿Ha elegido ya su cadena, señor Lodge?

Ken sopesó una cadena de alpaca.

—Valga ésta. ¿Cuánto es, señorita Austin?

Ella dio el precio soltando las cifras entre dientes.

Ken pagó el importe, cuatro dólares veinticinco, y luego dijo:

—Usted debe tener algún dibujo o esquema de «El Ojo del Diablo». ¿Verdad, señorita Austin?

El juez intervino sonándose ruidosamente y habló a través del pañuelo.

—Por favor, señorita Austin. Ken me discutió que «El Ojo del Diablo» no podía ser tan grueso como una nuez. ¿Quiere sacarnos de dudas? Debe figurar en sus catálogos de joyas célebres.

Ella extrajo prestamente un libro de dibujos que debía tener muy a la mano y lo dejó caer sobre el mostrador. Luego, se acercó
O'Brien
quien solicitó ver otras joyas.

Entretanto, el viejo juez indicó la joya señalada con el número 28 de joyas célebres.

Ken vio el dibujo de la extraña joya. Semejaba justamente a una nuez, pero tenía múltiples facetas, tal vez mil caras en forma de pentágonos. Estaba pintada de verde y las caras centrales componían una especie de pupila: «El Ojo del Diablo».

Ken cerró el álbum.

—Gracias, señorita Austin. Ahora es cuando creo que nunca me

desprenderé de la esmeralda.

Shirley respingó y dejó caer el collar que estaba mostrando a O’Brien.

—De acuerdo, señor Lodge. Le ruego que me permita atender al señor
O’Brien.
—Y agregó con un dejo marcado en la voz—: Entretanto, piense la conveniencia de vender la esmeralda. Y si cambia de parecer, vuelva por aquí.

Ken fue hacia la puerta seguido del juez, que rezongaba entre dientes.

—Volveré —dijo Ken, envolviéndola en una última mirada—. Seguro que volveré.

Salió con Askert a los talones.

Shirley y
O’Brien
se quedaron mirando el hueco de la puerta.

O'Brien soltó una risita.

—Son dos tipos muy curiosos, ¿eh, Shirley?

Shirley todavía tenía un relampagueo en los ojos.

—Sobre todo Lodge. Un sujeto muy especial.
O’Brien
carraspeó volviendo la atención a los collares que tenía delante.

—Dígame, Shirley. ¿Cree que luciría este collar en el cuello de una mujer con mucho?… Eh… Me refiero a amplitud de tórax. Por ejemplo…

Shirley lo cortó en seco.

—No hace falta que ponga ejemplos, señor
O’Brien.

—Oh, está bien. Creo que usted me entiende.

Shirley estaba todavía bajo los efectos de la visita anterior.

—Le entiendo demasiado, señor
O’Brien.

El hombre sonrió enseñando las parejas piezas dentarias, muy blancas.

—Esta mujer de que le hablo es una verdadera escultura. Sólo existe una mujer en esta ciudad, en esta calle, en esta…

—No me interesan sus asuntos íntimos, señor

O’Brien.
O’Brien
la miraba con ojos ligeramente dilatados a causa de la contemplación.

—Bien, sólo quería decir que la mujer del collar no le llega a la suela del zapato.

Shirley resolló inclinándose por encima del mostrador y enseñó sus dientecillos al hablar.

—Le repito que no quiero saber nada acerca de sus famosas mujeres, señor
O’Brien.
Limítese a tratar acerca de mis géneros. Conozco demasiado la dase de damas con las que se relaciona usted para que encima tenga que establecer comparaciones…

—¡Shirley!

—Déjeme acabar, señor
O’Brien.

—Shirley…

—Además le ruego que no me las traiga aquí para mostrarme cómo les sienta las joyas. No acaba de ser de buen gusto. Damas como esa Carmencita Armendáriz me espantan la clientela de señoras ancianas que tengo que atender. Quisiera saber lo que se propone, señor
O’Brien.

O'Brien la miró intensamente acercando su rostro al de ella.

—Usted tiene la culpa, Shirley.

—¿Yo, eh?

O'Brien congestionó el rostro y se demudó. Soltó las palabras con voz cálida, rápidamente.

—Usted, Shirley. Trato de consolarme con ellas, pero no puedo. ¡No puedo, Cielo Santo! Usted sabe demasiado que bebo los vientos por usted y…

—Basta.

—No, Shirley. Muchas veces he intentado estrechar lazos afectivos con usted. ¿Y qué he conseguido? Siempre la más fría indiferencia. ¡Señor! La tengo metida en la sangre, en los huesos, y usted lo sabe demasiado bien y trata de esquivarme a cada paso. —La voz de

O’Brien
se alzó en un grito:

—¿Por qué, Shirley? No tengo lepra, peso noventa kilos, mido casi dos metros y gozo de buena salud. Hasta dicen que soy simpático. ¿Qué puedo hacer yo para que usted me dedique un poco de atención?

Terminó la perorata atrapando una mano de la muchacha, pero ella lo pinchó con un broche de sesenta dólares y retrocedió hacia la pared.

Lo miró con los ojos relampagueantes.

—Váyase de aquí, señor
O’Brien.
O’Brien
se relajó como si perdiera aire por algún poro de la piel.

—Bien, Shirley. Le ruego que me dispense. He abierto demasiado la llave del gas. Reconozco que me he propasado.

—Buenas tardes, señor
O’Brien.
O’Brien
separóse del mostrador y se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo de hilo. Buscó una frase adecuada y echó mano, a falta de recurso, de las mismas palabras que oyó a Ken Lodge.

—Volveré, Shirley. Le aseguro que volveré.

Y salió rápidamente.

Shirley permaneció todavía apoyada en la vitrina de la pared y, al repasar mentalmente el estallido emocional de
O’Brien,
recordó sin saber por qué a Ken Lodge.

Entonces sus ojos se posaron en el álbum donde estaba dibujada la esmeralda.

Sintió el incomprensible temor de que Ken poseyera aquella peligrosa joya. Abrió el catálogo de joyas célebres y miró la esmeralda en forma de nuez. Sí, parecía efectivamente un ojo maligno. «El Ojo del Diablo».

CAPÍTULO VI

O'Brien
se relajó en el sillón y bajó la lámpara de la mesa.

Sus dedos sostenían algo muy brillante que atrajo la atención de los cuatro hombres que estaban delante de
O'Brien.

Se hizo un largo silencio en la estancia.

Los labios de
O'Brien
se distendieron en una amplia sonrisa.

Abrió la mano y la esmeralda destelló rayos verdosos.

Gruñó de satisfacción.

—Maravillosa —dijo.

Tenía forma de nuez, tallada en mil facetas y las centrales se apretujaban formando una especie de pupila misteriosa donde los destellos verdosos parecían concentrarse.
O'Brien
canturreó:

> «“El Ojo del Diablo” es verde.
> Allí donde mira surge la Fortuna.
> O la Muerte…».

Se interrumpió con una risita.

Alzó la mirada contemplando a los cuatro hombres que tenía frente a sí.

—O la Muerte, muchachos —repitió.

El hombre que estaba en el centro del cuarteto un sujeto de

rostro anguloso, mirada vidriosa y nariz aguileña, desplazó la comisura de los labios a un lado.

—Yo creo que el cuento es acertado en lo de la Fortuna, Frank.

Frank O’Brien hizo bailar la esmeralda en la mano.

—Sí, la Fortuna, muchachos. Ésa es nuestra parte. La Muerte será para los tipos que nos interfieran. Sí, Mac. Me repugna liquidar a la gente a sangre fría…

Mac le interrumpió con voz ronca.

—Déjeme a mí esos escrúpulos de conciencia, Frank. Sé muchos trucos para acallarlos.

Los otros tres hombres rieron.

Frank O’Brien tenía una sonrisa pensativa en los labios. Depositó la mirada en los verdes destellos y se dejó fascinar largo rato.

—¿Cuánto te ha costado esta maravilla, Mac?

Mac se dejó caer en el brazo de un sillón.

—Cinco dólares.

—Parece auténtica.

Mac se pasó un largo dedo por debajo de la nariz y su rostro hermético adquirió un matiz divertido.

—El tipo la hizo con cristal verde de botella de *whisky*. Dijo que era lo que más se podía parecer al verdadero «Ojo del Diablo».

—Está tan bien hecha que empiezo a creer factible el cambiazo por la auténtica.

Mac se echó atrás en el improvisado asiento del brazo del sillón.

—Siempre que la chica de la joyería no la revise a fondo. El tipo que me fabricó esto fue un tasador del Gremio de Joyeros allá por el sesenta y ocho. Dijo que si le hubiesen presentado algo tan bien imitado habría tenido que establecer una consulta de peritos para cerciorarse. Te aseguro que el tipo sabe lo que ha hecho.

—Lo que más me importa es el modelo que posee ese tipo misterioso que tiene que establecer contacto con Lodge. Una vez tengamos la cosa a la mano, veremos si difieren mucho.

—Te repito que el tasador-tallador tuvo que atrapar varias borracheras para obtener esta copia del Catálogo de Joyas Célebres.

Se esmeró como nunca en el trabajo.
O'Brien
sonrió.

—Tendrá gracia que incluso se la pasáramos a la bella Shirley.

—La chica tiene ojos de gato, Frank.

O'Brien
recordó la escena de la joyería.

—Sí. No es tonta la nena.

—Ni jorobada.

O'Brien
se echó a reír.

—Estás muy ocurrente. Mac.

—Te conozco bien, Frank.

—¿Sí?

—Esa nena te ha caído bien.

O'Brien
se frotó el mentón.

—Tienes pupila, Mac, pero es un hueso y me va por la cabeza que en este negocio vamos a matar dos pájaros de un tiro.

—¿Por qué dices eso?

—Nuestra hermosa Shirley está interesada en el chico del revólver. Ken Lodge es el hombre por quien ella suspira en sus momentos de soledad.

—Dijimos que nos interesaba la esmeralda.

—Mac, no pierdas puntos en mi consideración. Estoy de acuerdo contigo en lo de la esmeralda. Ha de ser nuestra por encima de todo. Con ello quiero decir que es el motivo principal de nuestra sociedad; pero ¿cómo quieres que llevemos a cabo el negocio dejando a Ken Lodge vivo? Pensaría que estás mal de la cabeza si has creído que vamos a pegar si golpe dejando a Lodge para que nos siga el rastro… ¿Es que no ves claro, muchacho? Lodge es uno de esos tipos que si se les toma el pelo se tiran adelante y no paran hasta desliar el ovillo.

—Creo que tienes razón… En resumen, lo que importa ahora es echar el guante al tipo misterioso que ha de traer la joya.

—¿Está bien dispuesta la red, Mac?

—Conforme tú dijiste. En cada hotel tenemos a un hombre y ya le hemos chorreado un poco de dinero al encargado del registro

para que se ponga de nuestra parte en cuanto vea aparecer a un tipo desconocido que les resulte sospechoso.

De pronto llamaron a la puerta.

O'Brien

hizo una señal con la cabeza al hombre que estaba más cerca de la puerta. Atendía por el nombre de Kirk Hoffman y era delgado, de ojos muy juntos.

Hoffman abrió la puerta y colóse en la estancia un individuo rechoncho, de ojos pequeños y nariz picuda.

—Señor

O'Brien,

ya ha llegado —anunció.

Kirk y Frank se miraron sonrientes.

—Conque resultó bien —dijo

O'Brien

—. ¿Dónde se aloja?

—En el «Hotel Berenice», al final de la calle.

—¿Cómo lo has sabido, Eugene?

—Yo estaba en la puerta del hotel cuando el fulano llegó montado en un ruano de fina estampa. No lo había visto antes de ahora por aquí. Es un sujeto de mediana estatura, cara muy pálida, alargada, y ojos negros.

—Justo el tipo que elegiría Nevins como mensajero —sonrió Mac.

—Está bien, Mac —dijo

O'Brien

—, deja que hable Eugene. Imagino que no te habrás limitado a seguir tu corazonada… ¿Qué clase de comprobación has hecho?

—Usted sabe que he llevado una vida muy agitada en Nueva Orleans.

—Allí te dedicabas a robar carteras, y según he oído decir, con mucha habilidad.

—Ahí lo tiene, señor

O'Brien.

Cuando el tipo iba a subir a la acera hice como si tropezase con él… Me habría resultado fácil atraparle la cartera, pero eso no me habría servido de nada. Lo que hice fue presionarle un poco con los dedos en el costado —sus labios esbozaron una sonrisa—. Entonces lo

toqué.

—¿Qué es lo que tocaste?

—La joya.

—¿Cómo sabes que era la joya?

—La llevaba metida en una cama oblonga bastante ancha y apuesto a que es de piel —mostró sus manos—. Las yemas de mis dedos son muy sensibles. Para robar carteras es indispensable poseer esa facultad… Al mismo tiempo que le tocaba en el costado, le pegué un mentón en todo el cuerpo simulando que lo que yo quería era evitar que cayese. En ese momento, los dedos de mi mano derecha estaban sobre la caja de la que he hablado, y pude sentir cómo bailaba en su interior algo sólido. La joya.

En la estancia se hizo un profundo silencio.

Finalmente, Mac dejó oír una voz ronca, emocionada.

—Bueno, Frank. Está claro como el agua. Es nuestro tipo.

—Espera un momento. ¿Te enteraste de cuál era su nombre y del número de la habitación que se hospeda, Eugene?

—Claro que sí, señor
O’Brien.
No se me podía escapar un detalle como ése. Se inscribió con el nombre de Simeon Burges y ocupa la habitación número 7, en el primer piso.

O’Brien
y Mac se miraron y el primero dijo:

—Corriente, Mac. Manos a la obra.

El propio
O’Brien
entregó a Mac la falsa joya encerrada en una caja de piel de color rojo.

Mac se volvió hacia Kirk Hoffman y los otros hombres que habían guardado silencio.

—Bueno, muchachos. Ya os explicaré el número. Éste es el momento de ponerlo en marcha.

Los tipos hicieron gestos afirmativos.

O’Brien
entrecruzó los dedos sobre el pecho.

—Os espero aquí, Mac. No tardéis mucho. Estoy deseando ver «El Ojo del Diablo». El auténtico.

Mac le guiñó un ojo.

—Estaremos aquí en poco rato.

—Eh, Mac, no has dicho cómo vas a dividir a los muchachos.

—Hoffman vendrá conmigo para hacer el cambiazo de la piedra. Jesse Scotland y Jim Custer irán a cargarse a Lodge.

O'Brien miró a los dos últimos.

—No os fiéis de Lodge. Es un tipo muy hábil con el «Colt».

Scotland, un fulano con aspecto de mestizo, sonrió enseñando unas encías en las que faltaban algunas piezas dentarias.

—No se preocupe, señor O'Brien. Me gustan los trabajos rápidos y Custer opina lo mismo que yo.

Custer sacudió la cabeza.

—Scotland y yo llevamos trabajando juntos un par de años y hasta ahora nadie tuvo queja de nosotros…

—Espero que yo tampoco tenga motivo para quejarme —convino Frank, e hizo un saludo de despedida.

Mac y sus tres compinches salieron a la calle. Caminaron juntos, pero al llegar a la altura del teatro donde se exhibía la mexicana Carmencita Armendáriz se separaron.

Mac y Hoffman se internaron por un callejón yendo a detenerse ante la puerta trasera del «Hotel Berenice».

Mac sonrió mientras sacaba una llave.

—Todo resulta fácil con una llave maestra. Abre todas las puertas, muchacho. La hizo para mí Norman, el herrero, el tipo con más habilidad para esas cosas… ¿Sabes que me llegaron a dar hasta cinco dólares por ella?

La metió en la cerradura y abrió en un instante.

Hoffman soltó una risita.

—Así da gusto trabajar.

Una vez en el interior, Mac dijo:

—Ya lo sabes, habitación número 7.

—No se me puede olvidar.

—Te concederé dos minutos a partir de ahora —dijo Mac consultando un reloj del tamaño de una cebolla que sacó del bolsillo del chaleco.

Hoffman se dio mucha prisa en mover las piernas.

Subió una escalera y encontróse ante una puerta, pero esta vez no hizo falta la llave de Mac porque la abrió con el simple procedimiento de mover un picaporte.

Encontróse en un corredor con puertas a ambos lados.

Llamó suavemente con los nudillos en la número 7 mientras apoyaba la otra mano en la culata del revólver.

—¿Quién es?

—Un empleado, señor Burges. Necesitamos cambiar la toalla.

—Pero si está limpia…

—Lo hacemos dos veces al día, aunque no se use. Orden de la Sanidad. Hace unas semanas tuvimos una epidemia de viruela.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Burges.

A continuación, el huésped empezó a abrir la puerta.

Hoffman terminó de sacar el revólver, se coló por el hueco y golpeó con el cañón la cabeza de Burges.

Simeón puso los ojos en blanco y se desplomó sin sentido en el suelo.

Hoffman se agachó sobre su víctima y le sacó del bolsillo interior de la chaqueta una caja oblonga de piel en color azul.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y Mac se introdujo en el cuarto. Miró al hombre que estaba en el suelo, observando el hilillo de sangre que le brotaba de la herida que tenía en la frente.

—Le pegaste demasiado fuerte, Kirk.

—No está muerto, Mac, y él tiene «El Ojo del Diablo».

—Pegaremos el cambiazo. —Mac sacó la joya falsa.

—Pondremos nuestra esmeralda en este estuche y te llevarás la buena.

—¿Y después?

—Yo me quedaré para ayudarlo a despertarse. Diré que he oído ruido y que me llegué aquí. Luchamos un poco hasta que al verte perdido no tuviste más remedio que huir. Él se palpará el costado y se dará cuenta de que mi intervención ha sido tan providencial que no pudo ser robado. Naturalmente, no mirará la joya en mi presencia, pero apenas me haya marchado lo hará y dará un suspiro de alivio. Todo perfecto, muchacho.

Alargó la mano para que Hoffman le diese el estuche azul y proceder al cambiazo.

—Éste es un histórico momento, Hoffman. Seremos los primeros de la pandilla en ver «El Ojo del Diablo»… «El Ojo» que trae la fortuna o la muerte, o quizá las dos cosas juntas —miró el estuche —. Al diablo con la leyenda. Para nosotros será la fortuna.

Abrió el estuche azul y tanto él como Hoffman se quedaron con la boca abierta contemplando lo que había allí dentro. No, no era «El Ojo del Diablo», sino una dentadura postiza.

CAPÍTULO VII

El juez Askert bebió un trago de *whisky*.

—Confieso que eres un tipo con valor, Ken. Si yo fuese el heredero del «Ojo del Diablo», habría aceptado la oferta de Shirley y preparado las cosas para salir de estampida en cuanto hubiese aparecido el tipo misterioso que traerá esa condenada esmeralda…

—Me gusta la emoción.

—Yo diría que por toneladas.

—Por otra parte, John Nevins confió en mí. Ya conoce la carta que él me destinó. Entre sus cuatro herederos, Nevins apostó por mí. No me gustaría defraudarlo ahora.

—No debes decir eso, hijo. Se trata de tu propia piel.

De pronto oyeron una voz.

—Es lo que digo yo. Se trata de su piel, señor Lodge.

Los dos miraron hacia el lugar de donde venía la interrupción. Se trataba de un hombre que se había acercado serpenteando por entre las mesas. Su pistolera estaba muy baja.

El juez se atragantó.

—Ya tenemos aquí a un matarife.

Lodge quedó inmóvil en la silla.

—¿Se le perdió algo por aquí, fulano? —inquirió moviendo apenas los labios.

—Levántese y saque.

—¿Qué es lo que debo sacar?

—Usted lo sabe bien. El revólver.

—Oiga, ¿cuál es su nombre?

—No se lo voy a decir.

—No hace falta. Ya lo he reconocido. Usted es Jesse Scotland.

Scotland sintió un pequeño estremecimiento.

—¿Cómo se las ha arreglado para identificarme?
—Fue su hedor.
—¿Qué?
—Parece como si hubiese dormido esta noche con una mofeta.
Jesse Scotland empezó a ponerse rojo.
—¿Que dice Lodge?
—Por favor, cuando hable ponga la cara en otra dirección —repuso Ken frunciendo la nariz como si oliese a podrido.
El cerebro de Ken trabajaba muy aprisa. Era cierto que Scotland no parecía bañarse en agua de colonia. Pero no lo había identificado por su olor. Recordaba perfectamente a Scotland, aun cuando éste no le recordase a él. Tres años antes había sostenido un altercado con él y tres de su pandilla. Eso fue en Sil ver City, pero en aquella ocasión Jesse estaba borracho como una cuba.
Pero había otra cosa más importante para Ken en este momento. Scotland no le había parecido un hombre con muchas agallas. Ahora le vino por la memoria algo que escuchó unos meses antes. Scotland trabajaba con otro tipo.
Eso lo explicaba todo.
Miró por el rabillo del ojo a la izquierda y vio a un sujeto en el mostrador que estaba mirando hacia aquel lado. Estaba claro que cuando Scotland sacase el revólver, el otro fulano desenfundaría también.
—Lodge —dijo Scotland—. Tiene tres segundos para levantarse.
—Sacaré cuando haya terminado la cuenta, pero estaré sentado.
—¿Se atreverá a eso?
—Usted no merece que yo haga el menor movimiento de más, y me encuentro muy descansado en esta silla.
Scotland rió para sus adentros. Al fin y al cabo, Lodge no era tan inteligente como decían. Se comportaba como una víctima cualquiera.
—¡Tres! —dijo en voz alta, y tiró del revólver.
Ken se impulsó rodando de la silla, pero antes de completar el giro había puesto en camino la primera bala que destinaba a Scotland.
Completó la media vuelta antes de caer de bruces y otra vez su revólver escupió plomo.
Jim Custer estaba en la esquina del mostrador y recibió la bala

en la cabeza cuando ya tenía el revólver en la mano. Se desplomó en el suelo sin emitir un solo gemido. No se enteró siquiera de que su compañero Scotland le había precedido en el camino al infierno.

Ken se levantó con el revólver en la mano observando el cadáver de Scotland que había ido a parar junto a una columna.

—¡Legajos amarillos! —exclamó el juez Askert, y se puso a beber de la botella despreciando el vaso.

El duelo había dejado sin habla a la clientela del *saloon*.

En la calle se oyeron unos pasos rápidos y al fin la puerta se abrió introduciéndose en el local el ayudante del *sheriff*, Tom McDavey.

—Menuda va a armar el jefe cuando vea esto… —Se acercó a Ken—. Hubo de llegarse a casa de su primo Jonathan. Le acaban de avisar que un caballo le pegó una coz en el pecho.

—No se preocupe, Tom. Yo le daré al *sheriff* las explicaciones que sean necesarias.

Freemont, el funerario, dejó asomar la cabeza por encima de las hojas de vaivén.

—¿Me llamaba, señor Lodge?

—Más trabajo para usted.

Freemont dio un salto y penetró en el *saloon* observando atentamente los dos cadáveres.

—Si llega a la docena le haré una rebaja del veinticinco por ciento, señor Lodge.

—Esta vez no pago yo los sepelios.

—¿Cómo?

—Registre sus bolsillos y les encontrará numerario. Seguro que tienen para un entierro de primera.

Freemont sacudió la cabeza incrédulo, pero se decidió a registrar el cadáver que estaba más cerca de él, el de Custer. Agrandó los ojos al encontrar en un bolsillo un fajo de billetes.

—Lodge, usted lo acierta todo. Aquí hay cincuenta dólares.

—El otro no tendrá menos.

Freemont corrió a saltitos hasta el cuerpo sin vida de Scotland. También le encontró un fajo de billetes. Tras contarlos anunció:

—El que falta se lo habrá gastado en *whisky* —dijo Ken.

Freemont contempló admirado al joven.

—¿Cómo sabía usted que tenía dinero?

—Porque los contrataron para liquidarme y esta gente siempre cobra por adelantado.

Tom, el ayudante, tragó saliva.

—Oiga, Lodge, ¿por qué no se mete en la cama hasta que regrese mi patrón? No me gustaría que hubiese más tiros mientras sea el jefe del orden en el pueblo.

—Tengo que hablar con usted, Tom. ¿Le parece bien en su oficina?

El ayudante sintió en las piernas una gran flojedad.

—¿Es absolutamente necesario, señor Lodge?

El joven lo tomó por el brazo y lo llevó hacia la puerta.

Su señoría pegó un salto en la silla.

—Eh, Ken, no me dejes solo… Voy contigo.

—Como quiera, juez.

Los tres hombres salieron del local encaminándose a la oficina del *sheriff*.

Tom no dejaba de rezongar por lo bajo.

Shirley estaba a la puerta de su negocio con un brazo en jarras.

Ken dejó que el juez y Tom le precediesen y él se detuvo.

—Supongo que ya estará escarmentado, señor Lodge —dijo la muchacha.

Ken admiró sus grandes ojos, las sedosas pestañas…

—No, Shirley. Todavía, no.

—Ya han iniciado el cerco y eso quiere decir que hay mucha gente que está al corriente de lo que es usted ahora.

—¿Qué soy ahora?

—Heredero del «Ojo del Diablo».

—Eso me gusta, que se preocupe usted por mí.

—Eh, ¿qué está diciendo? No se confunda, señor Lodge. Lo único que me preocupa es la joya.

—Ya hablaremos de eso luego.

—¿Vendrá aquí, señor Lodge?

—Preferiría que me invitase a cenar… usted y yo asolas.

—No piense en ello.

—¿Me tiene miedo, Shirley?

—¿Yo tenerle miedo a usted…? —Ella rió ficticiamente—. ¿Quién se ha creído que es?

—Durante la cena tendría una bonita oportunidad para

convencerme. ¿Quién sabe?… A lo mejor consigue que le venda la joya.

Ella ladeó la cabeza mirando fijamente la cara del joven. Titubeó unos instantes.

—Está bien, señor Lodge. Lo invitaré a cenar.

—¿Adónde he de ir?

—Calle Lincoln, número 28.

—Hora.

—Las ocho. Y una advertencia. No me gusta que me hagan esperar.

Él le sonrió tocándose el ala del sombrero.

—Por nada del mundo haría esperar a una mujer como usted.

—Cuídese hasta entonces… y lo sigo diciendo por la joya.

Ken fue a la oficina del *sheriff*, en cuyo soportal lo estaban esperando Tom y el juez.

Los tres pasaron al interior.

—¿Qué desea, señor Lodge? —preguntó Tom.

—Oiga, ayudante, he conocido a un tal O'Brien, un tipo moreno, bien parecido, de sonrisa untuosa…

—No me diga más. Sé quién es. Cada vez que me ve, me da un caramelo.

Vio el efecto que sus palabras producían en sus oyentes y agregó:

—Al señor O'Brien le gustan mucho los caramelos, especialmente los de menta. Siempre lleva llenos los bolsillos. Es un personaje simpático. Llegó aquí hace cosa de un año.

—¿A qué se dedica?

—A negocios.

—¿Por ejemplo?

—Compra y vende terrenos y también representa a una casa que fabrica molinos de viento. El señor O'Brien es todo un caballero. En la fiesta benéfica de primavera envió a la señora del alcalde un cheque de cincuenta dólares. Es el más gordo que han dado en una suscripción de esa categoría.

—Parece que le gustan las joyas.

—Bueno, el señor O'Brien tiene una pequeña distracción. Colecciona «girls» como otros coleccionan pipas o sellos… Cuando le echa el ojo a una, lo primero que hace es llevársela a la joyería de Shirley y le regala una chuchería.

—¿De dónde llegó O'Brien?

Tom arrugó la nariz.

—Nunca se lo he preguntado. Ahora que lo dice usted, la verdad es que no sabemos de dónde llegó.

—Apuesto a que su jefe tampoco conoce la respuesta.

—¿Qué le pasa con O'Brien, señor Lodge?

—No tiene importancia. Lo recuerdo de algo, pero todavía no sé de qué.

—Quizá ustedes dos hicieron algún viaje juntos. A mí me pasa eso. Una vez fui a llevar un detenido a un pueblo de Nuevo México. Conocí a un tipo en el tren. Lo encontré otra vez aquí al cabo de un par de años y, si no hubiese sido porque el fulano me recordó el viaje, yo me habría devanado los senos pensando de qué lo conocía…

En aquel instante la puerta se abrió de golpe y penetró en la estancia un hombre que llevaba la cabeza vendada. Su cara era de facciones largas, piel aceitunada, ojos muy negros.

—*Sheriff*… Me han robado… Me han robado.

—Oiga, serénese. En primer lugar, no soy el *sheriff*, sino su ayudante, pero estoy aquí para recoger cualquier denuncia.

—He sido atropellado. Un hombre penetró en mi habitación del hotel y me dejó sin sentido. Mi nombre es Simeon Burges.

—¿Qué es lo que le han robado, señor Burges?

—La dentadura.

* * *

Frank O'Brien

vio entrar en su despacho a Mac Cummings y Kirk Hoffman.

—Bravo, muchachos, ¿ya la tenéis?

Mac le alargó un estuche azul por encima de la mesa. O’Brien se precipitó sobre él y lo abrió de un tirón.

—¿Qué es esto? —gritó, viendo la dentadura postiza que había dentro.

—Un fallo.

—¿Qué intentas decirme, Mac?

—Simeón Burges no era nuestro tipo. Lo que Eugene tocó con sus dedos era este estuche y lo único que contenía es lo que tienes en la mano.

Eugene estaba sentado en un sillón, fumando un largo cigarro que O’Brien le había ofrecido como premio a su trabajo. Tosió con fuerza porque el humo se le había ido por otro conducto.

—No puede ser —exclamó.

O’Brien señaló a Mac.

—Ya acabaste la broma, muchacho. Ahora quiero ver «El Ojo del Diablo».

Mac apretó los dientes.

—Registramos todos los bolsillos de ese hombre y también su valija. ¿Y sabes lo que encontramos en ella?

—No estoy para adivinanzas.

—Ropa interior femenina. Sólo eso. Ropa interior femenina. Es un agente de la casa «Su piel es de seda», de Kansas City.

—Anda, sigue bromeando y te juro que te levanto la tapa de los sesos, Mac. O’Brien hizo un movimiento con la mano derecha y en un momento tuvo en su diestra el revólver.

Mac había empezado a sacar, pero se quedó quieto.

—O’Brien, serénate.

Hubo un silencio y luego Frank rió con risa de hiena.

—Claro que me voy a serenar, cuando haya acabado contigo… Sois un par de bastardos, tú y Hoffman… Debí figurarme que querríais jugármela…

Hoffman hizo una mueca.

—No sé lo que dice, O'Brien. Le juro que Mac le ha contado la verdad. Fue Eugene quien se equivocó. Este tipo no es el hombre que debía traerle a Lodge la joya.

—No, no es el enviado misterioso de John Nevins —ratificó Mac.

O'Brien comprendió que aquellos dos hombres no lo pedían engañar cuando estaban enfrentados a su revólver.

—De modo que fue culpa de Eugene…

El ladrón de carteras de Nueva Orleans se puso en pie de un salto.

—Rectificaré, señor O'Brien. Eso le puede pasar a cualquiera. Hice mi trabajo a la perfección, debe reconocerlo. Me tropecé con aquel hombre y le tanteé el costado.

—Las yemas de tus dedos son muy sensibles, ¿eh, chico? Maldita sea, ahora comprendo por qué tuviste que largarte de Nueva Orleans… Apuesto a que ya no eres capaz ni de robar a las viejas…

Eugene intentó dar una chupada al puro, pero notó que se le había apagado.

—Jefe, me encuentro muy mal… Ha sido el humo del cigarro… Sí, estoy mareado…

—Tengo algo para curarte.

—Déjelo, jefe. Es usted muy amable, pero ya verá cómo se me pasa por ahí, en cuanto me dé un poco el aire…

Llamaron a la puerta.

—Ve a ver quién es, Mac.

Mac abrió la puerta.

—Es Luke, y parece que está muy nervioso.

Luke, un tipo pequeñajo, de ojos saltones, entró rascándose un sobaco.

—Señor O’Brien, se va a mondar de risa…

—No estoy para chistes, Luke. Además, tienes muy mala memoria. Ya me contaste esta mañana uno. Seguro que es el mismo.

—No, jefe. Éste es nuevo… Ken Lodge se ha cargado a Jesse Scotland y Jim Custer.

Frank descolgó el maxilar inferior.

—¿Cómo ha podido liquidar a un par de tipos tan estupendos…?

—Yo estuve presente en el duelo y se lo puedo contar.

Ese muchacho, Ken, es algo fuera de serie. Se dejó caer del asiento y, mientras lo hacía, despachó a los dos.

O’Brien miró a Mac.

—¿Qué dices ahora?

—Yo no he tenido la culpa. Era el plan previsto. Hoffman y yo nos llegábamos por «El Ojo del Diablo» mientras Scotland y Custer se cargaban a Lodge. Es lo que dije antes. Se ha producido un fallo.

Eugene se dirigió hacia la puerta aprovechando que no se hablaba de él.

—¡Párate ahí! —le ordenó Frank.

El ladrón trató de sonreír.

—¿No lo recuerda, señor O’Brien? Estoy mareado…

—Te dije que yo tenía la medicina para sanarte de una vez.

Eugene vio en los ojos de O’Brien la clase de medicina que le iba a dar.

—¡No, señor O’Brien! ¡No lo haga!… Usted me necesita… Daré con el tipo que le interesa… Se lo juro… ¡No volverá a pasar!… ¡No lo haga!

Pero Frank lo hizo. Apretó el gatillo dos veces.

Con un plomo habría sido suficiente para acabar con Eugene, ya que le entró por la barbilla; pero cuando se derrumbaba recibió el otro en el pecho.

Quedó despatarrado en el suelo como un muñeco.

—Hoffman, saca el cadáver de Eugene por la puerta trasera y tíralo al río. Pero oídme bien todos. No quiero más fallos. «El Ojo del Diablo» ha de ser mío.

CAPÍTULO VIII

—¿Por qué quiere «El Ojo del Diablo», señorita Austin?

—Ya se lo dije. Para venderlo a la Asociación de Joyeros.

—No lo creo.

—¿Cómo?

—Sea sincera, señorita Austin.

Ya habían terminado de cenar.

A su llegada a la casa de Shirley, ésta le había contado algo de su vida. Se había quedado sin padres a los nueve años. Una hermana de su madre la había acogido en Maheston City. Ella, su tía, se encontraba ahora bastante delicada de las piernas. A veces se pasaba hasta dos meses seguidos en la cama.

—Veo la posibilidad de hacer un buen negocio —dijo Shirley—. Me ha pedido que sea sincera y le haré una confesión.

—Adelante.

—Hay un coleccionista de San Luis que me daría veinticinco mil dólares por la piedra, pero ni un centavo más. Espero que se dé cuenta de que el que yo gane tres mil dólares es algo completamente honrado.

—¿Quién es el coleccionista?

—Un millonario, Chester Hepburn.

—No he oído nunca hablar de él.

—Según me informaron, Chester Hepburn posee el setenta y cinco por ciento de las acciones de un gran matadero de Chicago.

—¿Quién le informó a usted?

—¿Por qué hace tantas preguntas, señor Lodge? —Ella levantó la barbilla—. Parece un fiscal.

—Shirley, he de decirle una cosa. Siempre ha habido mucha gente interesada en apoderarse del «Ojo del Diablo» y eso ha

motivado una larga serie de muertes.

—¿Debo recordarle que estoy al corriente de la leyenda?

—Hay cosas que no son leyenda. Ya ve lo que está ocurriendo en Maheston City. Todavía no llegó a mi poder la piedra y ya me veo obligado a matar.

—Pásemela a mí y habrá dejado de correr peligro.

—Lo correrá usted entonces.

—Yo no tendré conmigo «El Ojo del Diablo» más que el tiempo indispensable, puede que unas horas.

—Aunque sólo fuesen cinco minutos, usted tendría a su lado la Muerte.

—Me doy cuenta que la leyenda de la joya ha calado muy hondo en usted.

—Soy un hombre realista, Shirley, y le aseguro que jamás han hecho mella en mí los cuentos de brujas.

La joven se puso en pie para retirar la mesa.

—Le ayudaré —dijo él levantándose también.

—De ninguna forma.

—No es molestia.

Fueron los dos a la cocina donde se estaba haciendo el café.

De pronto él la tomó por el brazo haciéndola girar.

—Shirley… usted tiene mucho interés en que me desprenda del «Ojo del Diablo».

—Sí.

—Le aconsejaré. Olvide esa piedra, renuncie a su ganancia de tres mil dólares. Estoy seguro de que no le hace falta para vivir.

—Lo mismo podría decir de usted.

—Yo me encuentro en un caso distinto. Se trata de veintidós mil dólares y son míos. Usted es demasiado bonita para estar enredada en un asunto donde andan mezclados demasiados pistoleros.

—Usted es uno de ellos, ¿verdad?

—Sí, yo soy uno de ellos, aun cuando ya me hicieron pagar por lo que hice y ahora estoy limpio.

—¿Quiere decirme que no ha vuelto a las andadas desde que cumplió su condena?

—Le garantizo que soy un hombre intachable.

—¿A cuántos ha matado?

—A unos quince.

Ella hizo un gesto de espanto.

—¿A matado a quince hombres y quiere hacerme creer que es intachable?

Él sonrió.

—Comprendo que no me quiera creer, pero es la pura verdad. No busqué a esos quince hombres. Fueron ellos quienes me buscaron a mí. Es lo malo cuando se consigue fama en el manejo de las armas. Todos quieren cazarme, aunque también debo admitir que ya tenía muchos enemigos antes de que me atrapasen. ¿Se da cuenta, Shirley? Ahora mucha gente sabe que yo soy un hombre que se ha colocado de parte de la ley. Para la mayoría de la gentuza eso significa que me he ablandado. Piensan que con muy poco riesgo cobrarán mi piel. Ya sé que no soy el único que ha pasado por tal situación. Me han hablado de unos cuantos hombres que, después de cumplir una condena, trataron de vivir en paz. No pudieron. Tarde o temprano se vieron obligados a echar mano al revólver… Es lo que me pasa ahora… Por añadidura, Nevins me ha nombrado su heredero. ¿Se da cuenta de mis dificultades?… Pero esa joya me pertenece. De buena gana hubiese repartido el producto de la venta de la joya con los otros tres muchachos que pertenecieron a la banda de Nevins, pero ya lo ve, uno de ellos quiso matar a todos. Yo sólo hice que defenderme y liquidar a Ted Adams.

—¿Por qué hace su defensa?

—Quizá porque me interesa su opinión acerca de mí.

Los dos se miraron a los ojos. Ken tiró de ella y fue a besarla, pero de pronto el café se puso a hervir.

Shirley dio un grito y se volvió para apartar la cafetera del fuego.

Fueron otra vez al comedor y bebieron el café.

Ken quiso reanudar lo que ya había empezado. Se acercó a la joven.

—Shirley… Quisiera hacerle una pregunta.

—Hágala.

—¿Hay algún hombre en su vida?

—Sí.

—¿O’Brien?

—Oh, no.

—Celebro que no sea
O’Brien.
Me resultó un tipo desagradable.

—A mí también —convino ella.

—Pero él está aquí en esta ciudad.

—Sí.

—¿Lo conoce mucho tiempo?

—Muy poco.

—¿Meses?

—No.

—¿Semanas?

—Tampoco.

—¿Lo acaba de conocer, Shirley?

—Sí.

—¿Cuál es su nombre?

—Ken Lodge.

Se agachó sobre ella para besarla, pero de repente se produjo un estrépito de cristales rotos y el joven saltó hacia un lado desenfundando el revólver mientras Sirley lanzaba un grito.

Todo quedó en silencio.

Los ojos de Ken vieron sobre la alfombra la piedra que había roto el cristal de la ventana. Atado a ella había un papel.

Pero Shirley también la había visto y fue la primera en alcanzarla.

—¿Quién me escribirá y por qué ha elegido ese extraño procedimiento para hacerme llegar el mensaje?

—Puedo decirle su contenido sin leerlo.

—¿El qué?

—Le amenazan para que se aparte del «Ojo del Diablo».

Ella desenvolvió el papel y leyó el contenido para sí.

Ken estaba observando su cara y vio cómo las mejillas de ella se teñían de un rubor.

—¡Señor Lodge!

—¿Qué ocurre?

Ella lo miró con ojos chispeantes.

—¿Cómo se ha atrevido a esto?

—¿A qué, Shirley?

—Me estaba haciendo el amor.

—Sí, lo admito.

—Es usted el hombre más cínico que he conocido.

—Oiga, ¿quiere decirme de una vez de qué se trata?

—Lo sabe usted bien.

—No. No lo sé. Déjeme que lea ese mensaje y estaremos en igualdad de condiciones.

Ella se lo alargó en un gesto de soberana altivez.

Ken tomó el papel y leyó: «No puedes abandonarme traidor. Te sacrifiqué mi vida y tú ahora me quieres dejar a un lado del camino. Eres un miserable, pero, desgraciadamente, yo te amo con la misma intensidad de aquellos días en que me juraste amor eterno».

El mensaje estaba firmado por Carmencita Armendáriz.

—Señor Lodge, por favor, ¿quiere abandonar mi casa?

—¡Shirley! ¡Le aseguro!…

—No le aceptaré ninguna explicación, señor Lodge.

—Oiga, ¿por qué no me escucha? No se debe juzgar a una persona precipitadamente…

Ella soltó una carcajada que sonó a falsa, y prueba de ello fue que quedó repentinamente seria.

—Usted es muy divertido, señor Lodge.

—¿Dónde está la diversión en este caso?

—Logró que yo lo invitase a cenar, puso como cebo «El Ojo del Diablo»… Usted sabe que yo me intereso por esa esmeralda… Le ha valido para embaucarme… Sí, señor, usted me ha arrancado ciertas palabras que ahora considero absurdas, después de haber leído ese mensaje que prueba lo que es usted, un hombre falso, insincero…

—Serénese, Shirley.

—Sólo me serenaré cuando usted se haya marchado de mi casa. No sólo me ha mentido a mí, sino a esa mujer, Carmencita Armendáriz. La ha engañado, sí… La ha engañado miserablemente. Basta leer el contenido de esa carta para saber lo que esa mujer habrá sufrido por usted… Esa mujer sólo hacía que soportar a O’Brien.
Cuando vinieron a mi joyería porque él le iba a regalar una pulsera me di cuenta de que ella no quería a ese hombre… Noté en su cara un aire trágico y su mirada era ausente. Naturalmente, pensaba en usted.

—No es posible.

—Claro que lo era.

—¡Yo no conozco a Carmencita Armendáriz! ¡No la he visto en mi vida!

Shirley apretó los labios, furiosa.

—Claro, y ahora va a decir que ha sido objeto de una confabulación.

—Exactamente.

—No es usted muy original para buscar circunstancias atenuantes.

—No necesito circunstancias atenuantes.

—Muy bien, señor Lodge. Le repito lo que ya le dije antes. Salga de esta casa.

Ken blandió el papel con la diestra.

—¡Se lo demostraré, Shirley! ¡Le probaré que está equivocada y que soy yo quien dice la verdad!

—No se moleste en seguir representando su comedia.

Ken fue a agregar algo más, pero también él estaba indignado.

Guardó el papel en el bolsillo y dando media vuelta echó a andar rápidamente hacia la puerta.

Giró sobre sus talones, con la diestra en el picaporte.

—Ah, señorita Austin, se me olvidaba.

—Gracias por la cena.

Lodge salió dando un fuerte portazo.

Echó a andar hacia el teatro.

La noche era oscura y no circulaba nadie por la calle.

En su cerebro se mezclaban confusas las ideas.

Le había dicho la verdad a Shirley. El no conocía a Carmencita, la bailarina.

Estaba cruzando un callejón cuando oyó una voz.

—¿Dónde vas con tanta prisa, hermano?

Se detuvo llevando la mano al revólver.

—No haga eso —dijo el mismo hombre desde la zona de oscuridad.

Ken se mordió el labio inferior con fuerza. Ya tenía la respuesta a sus preguntas. Le habían sacado de casa de Shirley para matarlo, valiéndose de una estratagema. Lo peor de todo consistía en que él había picado el anzuelo.

CAPÍTULO IX

—¿Qué le pasa a usted? —dijo moviendo solamente la cabeza.

Vio la figura del tipo contra la pared. Sus ojos brillaban como trozos de carbón mojado.

—Lodge, acérquese.

Ken sintió de pronto una duda. ¿Quién le decía que aquel hombre no fuese el mensajero esperado? ¿Y si era el individuo elegido por Nevins para hacerle llegar la joya?

—Pero no toque el revólver, Lodge —le oyó decir.

Descolgó los brazos y echó a andar lentamente hacia donde se encontraba el tipo. Entonces vio el revólver que tenía en la mano y su cara, una cara aplastada, de nariz muy chata, y boca en la que casi no existían los labios.

—Quería verlo de cerca, Lodge.

—¿Por qué?

—Me gusta tener un recuerdo de los tipos que envío al infierno.

—Eh, oiga, usted está chiflado.

—No es muy original, Lodge. Esa frase se la he oído a muchos fulanos antes de que recibiesen la ración.

—¿Por qué me quiere matar?

—Es el Destino, hijo.

—No me diga que llegó al pueblo queriendo matar a un tipo, se puso en este callejón a la espera y me eligió a mí porque fui el primero en pasar.

—No, eso hubiese sido demasiado casual.

—Explíquelo entonces a su manera.

—No puedo. Tengo que ir a ver a Carmencita Armendáriz.

—¿Para decirle que me ha liquidado?

—Se lo diré. Le diré que he matado a Ken Lodge eso me abrirá

las puertas de su corazón. A Carmencita le gustan los tipos con agallas.

—Y usted es uno de ellos.

—Seguro.

—¿Cuál es su nombre, compañero?

—Booker, Justin Booker.

—No va a hacer un buen negocio, Justin.

—Vuélvase de espaldas.

—¿Para qué?

—Le meteré la bala en la nuca.

—¿Es su forma de matar?

—Sí, aunque también tengo otros procedimientos. Vamos, dese la vuelta si no quiere que lo fría así mismo.

—Está bien. Me daré la vuelta.

Ken empezó a girar, pero de pronto se dejó caer al suelo.

Sonó un estampido.

Justin disparó su arma.

Lodge supo que el pistolero no lo había alcanzado pero una fracción de segundo lo separaba de la muerte porque Justin no podría fallar dos veces.

Ken apretó el gatillo sin desenfundar, ladeándose.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo y apoyó la palma de la mano en el suelo antes de terminar de caer.

Había hecho en su vida tiros difíciles, pero se dijo que éste lo había sido más que ningún otro.

Rodó por el suelo sin saber si había acertado a Justin, pero cuando quedó quieto, el pistolero a sueldo continuaba sin disparar.

Se puso en pie.

Justin Booker estaba en tierra, la espalda apoyada en la pared, la cabeza hundida en el pecho.

Pasóle la mano por la barbilla y alzóle la cara. Booker había recibido el proyectil en el ojo derecho y había muerto instantáneamente.

Oyó gritos a lo lejos.

No quería dificultades con los representantes de la ley. En sus duelos anteriores había tenido testigos para probar la legítima defensa. Y él era un ex presidiario.

Echó a correr por el fondo del callejón y cuando se encontró en

la parte trasera de las casas aminoró el paso.

Luego regresó a la calle Mayor, lejos del lugar donde Booker había intentado asesinarlo.

Detúvose ante el teatro. Junto a una de las puertas se exhibía un cartel donde aparecía dibujada la hermosa figura de Carmencita Armendáriz.

Se acercó a la taquilla y adquirió una entrada.

El local estaba abarrotado de público. Los espectadores abucheaban a una pareja de contorsionistas.

Se oían voces pidiendo la actuación de Carmencita Armendáriz.

Ken no tenía ninguna intención de ocupar su butaca, de modo que se dirigió hacia el escenario, por el lado derecho de la sala.

Los contorsionistas terminaron su número y saludaron con una sonrisa en los labios a pesar de las protestas.

Seguidamente salió un tipo enlevitado que levantó los brazos para imponer silencio.

—La empresa del teatro no ha regateado esfuerzo alguno para ofrecer a su público…

Alguien gritó:

—¡Fuera!

Se oyó un alboroto de mil demonios.

El empresario se puso morado, pero en seguida pasó al rojo cuando recibió un tomate en toda la cara.

Se retiró precipitadamente mientras la orquesta integrada por cinco profesores «venidos expresamente de Philadelphia», como rezaba el cartel, iniciaban los compases de «No sé qué ven en mí los hombres cuando me ladran por la calle».

Apareció Carmencita Armendáriz en el tablado y la mayor parte de los espectadores se pusieron a soltar fuertes ladridos.

Dio una vuelta rápida con su vestido de lunares y se armó el maremágnum.

Luego, eh actitud muy picaresca se puso a cantar su canción, pero apenas se podía oír porque menudeaban los borrachos que no dejaban de imitar al perro y hasta se oía de vez en cuando algún rebuzno.

Lodge apartó unas, cortinas y de pronto se encontró con un tipo macizo que hacía guardia allí en el hueco de acceso a los camerinos.

—Buenas noches —lo saludó.

Era un tipo que medía casi dos metros, con bigote de morsa, fuerte como una res.

—El lavabo de caballeros no es por aquí, compañero. Está en el otro extremo.

—Vengo a hablar con Carmencita.

—Qué gracioso. Hay unos cuantos centenares de tipos que también quieren hablar con Carmencita.

—Sí, pero ellos no fueron citados por la mexicana.

—Usted, sí, ¿verdad?

—Seguro, hermano.

—La próxima vez no empine tanto el codo, amigo.

—No se lo cree, ¿eh?

—No. Y ahora mismo va a salir por su propio pie o lo hará volando.

El tipo levantó los puños para indicar a las claras el modo del que se iba a valer para impulsarlo por el aire.

Ken, tranquilamente, sacó la carta que le había dirigido Carmencita.

—¿Sabe leer?

—Oiga, mi padre se gastó muy bien su dinero conmigo.

—Entonces, lea.

El hombretón tomó el papel y leyó el contenido del mensaje. Sus ojos empezaron a parpadear y, cuando hubo terminado, estaba con la boca abierta.

—¡Mi madre…! Qué tipo suertudo es usted… La tiene en el bolsillo.

Ken le quitó la carta y doblóla con displicencia.

—No le diga nada cuando termine el número, ¿sabe? Es una sorpresa. La esperaré en su camerino.

—Desde luego. Cuente conmigo —el hombretón se mojó los labios con la lengua—. Oiga, si de verdad que usted está cansado de ella, ¿no le podría hablar de mí, de Sam Smith?

—Sí, muchacho. No se preocupe. Se lo recomendaré. ¿Cuál es el camerino de ella?

—El número cuatro.

Ken entró en el camerino y se puso tras el biombo, quedando a la espera. Desde allí pudo escuchar perfectamente la atronadora ovación que premiaba la actuación de Carmencita. Indudablemente,

el público quería que repitiese algunos números y lo demostró queriendo echar abajo el teatro, al menos ésa era la impresión que sacó Ken sintiendo cómo se estremecían las paredes.

La artista regaló un número y a su término se recrudecieron las ovaciones y los silbidos.

Finalmente, Ken oyó un gran alboroto en el corredor.

Se abrió la puerta del camerino y una voz dijo:

—Gracias, gracias a todos por sus atenciones… Por favor, no dejen las flores aquí. Me sientan muy mal, usted lo sabe señor director. Me recuerdan el cementerio. Ahora, si me lo permiten, voy a cambiarme… Gracias, señor director, no necesito su ayuda. Acostumbro a hacerlo sola, con la ayuda de Anita.

La joven logró al fin cerrar la puerta.

Una voz de negra dijo:

—Ha estado usted colosal, señorita Armendáriz.

—Éste es un pueblo de cuarta categoría, pero muy pronto nos iremos a San Francisco, Anita, y entonces todo cambiará. Aflójame el corsé.

Transcurrió un minuto y luego la hermosa mexicana se dirigió al biombo para desvestirse.

Lanzó un grito al ver allí a un hombre.

—¡Anita!

La negra vino corriendo, pero al ver al joven sentado tras el biombo gritó también y se desmayó.

—Hola —dijo Ken.

—¿Qué hace usted aquí?

—Paseaba por los alrededores y decidí descansar un poco.

—¿Está de broma o es un loco?

—Ni una cosa ni otra. Le diré mi nombre y quizá empiece a comprender. —Hizo una pausa—: Soy Ken Lodge.

Ella alzó una ceja, la derecha.

—No me dice nada.

—Vamos, vamos, señorita Armendáriz. Tenga un poco más de valor y haga frente a sus propias acciones.

—No sé a qué se refiere.

Ken sacó una vez más la carta.

—¿Quiere leer eso, por favor?

Carmencita no había vuelto a gritar y el motivo de ello era que

aquel joven le había gustado. Ella era así de impulsiva. Le gustaba o no una persona a la primera impresión y, a pesar de que aquel Ken Lodge le había proporcionado un buen susto, se decía que sustos como aquél estaba dispuesta a soportar muchos, con tal de que el que se los diese fuese un hombre como Ken Lodge.

Leyó la carta dos veces.

—Se la debe saber ya de memoria —comentó Ken.

—Me ha hecho tanta gracia que me gustaría aprendérmela.

—¿Por qué me escribió, señorita Armendáriz? Usted y yo jamás nos hemos visto.

—Prepárese a recibir una sorpresa. —La joven inspiró profundamente—: Yo no escribí esta carta.

—Cuénteselo a uno de los admiradores suyos que berrean en cuanto le ven el tobillo.

—¿Qué necesita ver para hacerlo usted?

—Prefiero hablar de la carta y no de sus piernas.

—Le repito que no le he escrito y se lo puedo demostrar. —La joven pasó por encima del cuerpo inmóvil de su criada y sentóse ante el tocador. Tomó un lápiz y un papel y se puso a escribir.

Luego alargó el papel a Lodge, el cual leyó una frase de seis palabras: «Es usted un tipo muy interesante».

Comparó la letra con la de la carta que había recibido en casa de Shirley. Efectivamente, Carmencita no había escrito el primer mensaje.

—Tiene usted razón —dijo—. Perdone si la he molestado.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor Lodge? —repuso ella cuando Ken estaba ya junto a la puerta.

—Me temo que no. Vine aquí creyendo que usted confesaría toda la trama, pero me voy igual que llegué.

Ella se detuvo muy cerca del joven.

—Si alguna vez está aburrido déjese caer por aquí. Estaré aún dos días en este puchero de garbanzos, y si le gusta la soledad, me hospedo en el «Hotel Berenice», habitación 12. A mí también me gusta la soledad… compartida.

Se puso de puntillas y besó a Ken en la comisura de la boca.

Ken sonrió e hizo un saludo con la cabeza.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de él, Carmencita Armendáriz dio un suspiro. Sí, aquel hombre era realmente

estupendo.

Tomó un jarro de agua y arrojó su contenido sobre la cara de la negra, la cual volvió en sí.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntó.

—Ya se fue, Anita… desgraciadamente.

La joven se puso tras del biombo para cambiarse.

De repente, la puerta se abrió y Frank
O'Brien
entró allí.

—Hola, nena.

—Frank, estoy muy cansada, agradezco tu ramo de flores, pero iré derecho al hotel, discúlpame.

Frank hizo una señal a la negra.

—Sal fuera, Ana. Yo ayudaré a Carmencita.

—Quédate, Anita —ordenó la mexicana.

La negra no supo qué hacer.

Frank
O'Brien
la miró con ojos fríos.

—Largo —dijo.

—La negra echó a correr y salió del camerino.

Carmencita expresó en sus ojos la furia que la invadía.

—¿Quién te crees que eres para corregir mis órdenes?

O'Brien se apoyó en la pared y sacó un cigarro del bolsillo superior mordisqueándolo por un extremo.

—¿Quién era el tipo?

La joven hizo un gesto de perplejidad.

—¿A quién te refieres, Frank?

—No contestes con preguntas, nena. Sabes que estoy hablando del hombre que salió de aquí hace unos instantes.

—Me estabas espiando.

—No, pero estuve a punto de tropezarme con él.

Carmencita entornó los ojos. Una luz se había hecho en su cerebro. Sí, empezaba a comprender, Frank
O'Brien
era un tipo extraño. No había consentido que ningún hombre se le acercase durante el tiempo que llevaba en Maheston City. Y Ken Lodge había recibido un supuesto mensaje de ella.

—Vino aquí preguntando por cierta carta —dijo—. Era una carta de amor. Estaba firmada por Carmencita Armendáriz, pero yo no la escribí.

O’Brien
escuchó aquello.

—Lo hizo uno de mis hombres. Pero yo se la dicté.

—¿Por qué has hecho eso, Frank?

—Ken Lodge es el dueño del «Ojo del Diablo». ¿Lo oyes, nena? Una joya valorada en veinte mil dólares, aunque se puede sacar mucho más… Te lo contaré todo porque estoy pensando que puedes entrar en el negocio.

CAPÍTULO X

El juez Askert se había encerrado en su habitación con llave.

Ken Lodge le comunicó que Shirley lo había invitado a cenar. De buena gana el juez hubiese acompañado al joven, pero, naturalmente, se trataba de una cita muy personal.

Por ello estaba tendido en aquella cama, con los ojos muy abiertos a pesar de que acostumbraba a dormirse temprano, esperando que Lodge regresase. Se decía que Lodge se demoraría mucho, ya que a Ken le gustaba Shirley.

De repente llamaron a la puerta.

El juez saltó de la cama.

—¿Quién es?

—Abra, juez Askert.

Askert dio un respingo porque se trataba de una voz femenina. Corrió hacia la puerta, pero no abrió.

—¿Quién es usted?

—Kathy Young.

—¿Kathy Young?… No la conozco.

—Claro que no me conoce, juez Askert, pero yo le conozco a usted. Abra, por favor…

—Si no me dice para qué quiere hablar conmigo no le abriré. Puede ser una trampa.

—Traigo lo que ustedes están esperando.

—¿Eh?

—Nevins.

El juez hizo girar la llave en la cerradura y abrió rápidamente la puerta.

Introdújose en la habitación una rubia ya madura aun cuando todavía fuese hermosa.

—¿Quién la envía, señorita Young?

—Nevins, John Nevins.

—¿Y él le dijo que hablase conmigo?

—Nevins me dijo que debía preguntarle a usted cuál de los cuatro era el heredero.

El juez observó el gran bolso que ella sostenía con la diestra.

—Demuéstreme que todo lo que me está diciendo es cierto.

Ella abrió el bolso e introdujo la mano en el interior.

El juez Askert contuvo el resuello. Ahora iba a ver «El Ojo del Diablo».

Pero la rubia sacó una pipa.

—¿Sabe a quién perteneció esto, juez?

—¿A quién?

—Al mismísimo John Nevins.

—Oiga, señorita Young, podía haber dicho también que perteneció al presidente Lincoln. Eso a mí no me dice nada.

—¿No esperará que le enseñe los calcetines de John Nevins para demostrarle que soy una enviada de Nevins?

—No, los calcetines no, pero me podía mostrar otra cosa mucho más importante y al mismo tiempo digna de prueba.

La rubia cerró los ojos.

—Está bien, juez Askert. Pero he hecho todo lo posible por no enseñárselo. Ya sabe lo que dice la leyenda. El que mira «El Ojo del Diablo» es muy difícil que continúe vivo.

El juez Askert se estremeció.

—Le diré una cosa, señorita Young. Estoy deseando apartarme de este asunto, abandonar el pueblo, pero acepté una misión y la quiero terminar con dignidad. Pasaré por echar un vistazo a ese «Ojo del Diablo» aunque sólo sea para cerciorarme de que ha dicho la verdad y es usted la enviada de John Nevins.

La rubia dio un suspiro.

—De acuerdo, Señoría. Usted lo ha querido.

Metió otra vez la mano en el bolso y sacó una tabaquera.

—Abra la tapa usted mismo, juez —dijo ella.

Askert abrió la tapa y empezó a sonar la canción «Oh, Susana».

El juez vio que el interior de la caja estaba llena de tabaco.

—¿Qué broma es ésta, señorita Young?

—Meta la mano por entre el tabaco.

Askert hizo lo que ella le pedía y sus dedos tocaron una cosa dura.

Se interrumpió tragando saliva, mirando los ojos verdosos de la mujer.

—Ande, juez, atrévase. Ya ha empezado.

Askert tomó aquel objeto que había bajo la capa de tabaco y lo sacó.

Sintió la garganta reseca al ver la joya. Era la esmeralda. «El Ojo del Diablo».

—Dios mío… Y pensar que esto ha costado tantas vidas…

De pronto se oyó una voz desde la puerta.

—Y las que costará, juez.

Askert soltó una imprecación porque no había cerrado la puerta con llave cuando entró la rubia, aunque tratándose de los dos tipos que había allí, probablemente la habrían forzado sin ninguna dificultad.

La rubia tendió rápidamente la tabaquera para que el juez pudiese esconder la joya. Este así lo hizo y luego se entretuvo en cubrirla con tabaco.

Uno de los hombres que habían irrumpido en la habitación con la pistola rió.

—Te hemos visto, pajarito.

—Oiga, ¿quiénes son ustedes?

—Los dos tipos que le van a hacer la trepanación, Señoría. Pero no queremos que se vaya sin conocer nuestros nombres. Yo soy Clint Popey y este Tony Ryder.

—Ustedes no pueden matarme. Yo no les he hecho nada. Estoy seguro de que jamás los condené.

—Sí, juez, nunca nos condenó, pero usted va a morir por un asunto distinto.

Tony Ryder, un tipo de cara llena, sonrió feamente.

—Infiernos, juez, es usted un tipo de suerte. Llevará una bonita compañía para su viaje. A la rubia.

Kathy arrojó la caja de tabaco hacia la ventana que estaba abierta.

La tabaquera salió limpiamente por el hueco.

Los cuatro personajes que se encontraban en la habitación, parecieron haberse convertido en estatuas.

—¡Maldita sea! —exclamó Clint Popey—. La ha tirado.
—Les daremos plomo.
—No, chico. Lo importante ahora es la tabaquera. Ya lo pagarán luego. Los tiros podrían atraer a la gente. Salieron corriendo de la habitación.

* * *

Shirley Austin había salido de casa a dar un paseo.
Después de marcharse Ken se había sentido abrumada. Estaba firmemente decidida a no mirar a otro hombre en el resto de su vida. Todos eran embusteros, unos traidores.
Pasó por delante del teatro donde actuaba Carmencita Armendáriz y se detuvo mirando el dibujo de la cantante. Mordióse el labio inferior al considerar que, efectivamente, Carmencita poseía piernas muy bonitas, un rostro picaresco y unas formas un poco desarrolladas. Pero los hombres eran unos ingenuos. Las curvas eran obra del corsé. Carmencita debía utilizar el nuevo modelo de tres mil ballenas que se había lanzado en San Luis.
Dio un suspiro de alivio al considerar definitivamente que Carmencita era un cincuenta por ciento de bluff.
Del interior del teatro llegó un gran estruendo y estuvo segura de que era el público que aplaudía a la artista mexicana.
Siguió andando por la acera.
Naturalmente, Ken había ido derecho de su casa al camerino de Carmencita. Ahora estaría allí esperándola. De eso estaba segura.
Sintió una gran opresión en el pecho al pensar en lo que podría suceder en el camerino. Bueno, ¿por qué no volvía ya a casa?
Dio unos pasos y se detuvo. Estaba frente a la fachada del «Hotel Berenice». No volvería por la calle Mayor. Podría encontrarse con Ken Lodge y Carmencita si salían en ese momento del teatro.
Dobló por el callejón y empezó a andar más aprisa.
De pronto algo cayó delante de ella, a una yarda.
Miró arriba y vio el hueco de una ventana por donde se filtraba la luz. Pero allí no había nadie.
De pronto vio brillar algo en el suelo. Era como un ascua de un color verdoso. El corazón le dio un vuelco. Acercóse rápidamente y tomó aquello.
Cerró los ojos creyendo que estaba viviendo un sueño. Ella

entendía de joyas y estaba dispuesta a jurar que lo que tenía en la palma de la mano era el mismísimo «Ojo del Diablo».

Miró otra vez a la ventana y oyó una frase.

—Les daremos plomo.

Estuvo a punto de gritar, pero en seguida oyó la voz del otro hombre.

—No, chico. Lo importante ahora es la joya. Ya lo pagarán luego. Los tiros podrían atraer a la gente.

Cerró la mano sobre la joya y echó a correr por el fondo del callejón.

Sentía el latir del pulso en sus sienes. Se estaba ahogando. No podía más. Nunca había supuesto que aquel callejón fuese tan largo. Si los hombres aparecían antes de que ella hubiese doblado la esquina, dispararían sin pestañear.

Hizo un último esfuerzo y por fin desapareció por la otra parte.

Pero ya no pudo correr más. Se detuvo, apoyándose en la pared, jadeando.

En seguida oyó pasos en el otro extremo.

—Aquí está la tabaquera —dijo Clint.

—Bueno, menos mal.

—Eh, ¿qué es esto? ¡No está la joya!

—No digas tonterías.

—Se abrió al caer. El tabaco está por el suelo.

—En ese caso, la joya también estará aquí. Busquemos.

Shirley ya no quiso oír más.

Se volvió para reanudar su carrera, pero tropezó con una piedra que no había visto y cayó a tierra. Lanzó un grito y quedó tendida, inmóvil, sobrecogida.

—Eh, Tony… ¿Qué ha sido eso?

—Una mujer. Ha gritado en el fondo de la calleja.

—Y por aquí no está la joya…

—Está claro como el agua. ¡La tiene ella! ¡Vamos, muchacho! ¡Atraparemos a esa fulana!

Shirley se puso en pie y echó a correr nuevamente, pero ya oía los pasos de ellos por el callejón.

Otra vez estuvo a punto de caer, pero logró mantener el equilibrio.

Todo estaba a oscuras.

—¡Eh, Tony! ¡Allá va!

—¡Túmbala de un disparo!

En ese momento Shirley dobló nuevamente, internándose por un estrecho pasadizo.

A la derecha estaba el establo de Phineas.

Cruzó la puerta.

—¡Phineas! —llamó.

No obtuvo respuesta.

Naturalmente, Phineas también habría ido al teatro.

Prestó atención y escuchó a los hombres que llegaban también al pasadizo.

Se internó en el establo pasando por entre los caballos y se acurrucó en un rincón.

—Eh, Tony, no ha podido llegar hasta la otra parte. Este pasadizo es tan largo como el callejón y le hemos sacado mucha ventaja.

—¿Dónde puede estar?

—No veo nada.

—Allí hay un establo, ¿no lo hueles?

—Sí.

Shirley estaba llena de miedo. Si aquellos hombres la descubrían la matarían sin titubear.

Los oyó entrar en el establo.

CAPÍTULO XI

—Tú por la derecha, yo por la izquierda… No se puede escapar.

Sus segundos estaban contados. La descubrirían en seguida. Bastaría que uno de los tipos se acercase por aquel lado para que la viese. De pronto oyó una voz.

—Eh, ustedes, ¿qué hacen aquí?

Era Phineas.

—Buscamos o alguien, abuelo.

—Empiecen a largarse. Esto no es un hotel.

—Un poco de calma, viejo.

—Nada de calma. Tengo un rifle en la mano y no me gusta que entren en el establo tipos que no son clientes. ¿Lo oyen? Empiecen a largarse si no quieren que les haga un bonito, agujero.

—Bueno, no hace falta que se ponga así, abuelo. Ya nos vamos. De todas formas, debería usted colaborar con nosotros. Buscamos a una amiga que nos gastó una broma.

—No entiendo de eso. Váyanse —insistió Phineas.

Shirley podía ver por entre las patas de los caballos a sus dos perseguidores, pero éstos no retrocedieron por la puerta que habían utilizado para entrar. Fueron hacia la entrada principal, donde estaba Phineas.

De pronto se oyó un golpe y Phineas lanzó un grito de dolor.

Shirley comprendió inmediatamente lo que había pasado. Uno de los hombres había atacado al dueño del establo, dejándolo sin conocimiento.

Se levantó y fue otra vez hacia la puerta que daba al pasadizo.

—Eh, Tony. ¡Ahí va!

Ella salió por el hueco y echó a correr hacia la calle Mayor.

Otra vez se inició la persecución.

—¡No tires, Clint! —dijo uno de los dos tipos—. Ahora está demasiado cerca.

—¿Qué nos importan, maldita sea? Los mantendremos alejados a tiros.

Mientras discutían, Shirley salió del pasadizo. Justamente había ido a aparecer por el extremo opuesto a donde se encontraba el teatro.

Recordó que allí tenía O'Brien su despacho. Al ver la puerta abierta entró sin pestañear.

Se detuvo en el fondo del pasillo en cuclillas, la cara contra la pared.

Les hombres pasaron corriendo por la acera.

Dejó transcurrir unos segundos y entonces subió por la escalera.

En el despacho de O'Brien, no había luz.

Hizo girar el picaporte y pasó al interior.

No, no debía salir ahora. Esperaría un buen rato.

Sentóse en el sillón giratorio y puso sobre la carpeta «El Ojo del Diablo». Sí, era muy hermosa la joya.

Sonrió pensando en la cara de sorpresa que pondría Lodge cuando le dijera que la joya la tenía ella. Naturalmente, se la daría a él. Ésa sería su pequeña venganza. Renunciar a su negocio particular. Lodge podía quedarse con «El Ojo del Diablo» para siempre, pero Ken la tendría gracias a que ella la había librado de caer en poder de unos desalmados.

De pronto oyó pasos en la escalera.

Dios mío, ¿cómo había pedido pensar que podría deshacerse de aquel par de asesinos?

Crujió un peldaño… Otro.

Ya estaban allí.

Sintióse poseída por el pánico. No, no podía esconderse en ninguna parte. Ella misma se había encerrado en la trampa.

Ya estaban en el corredor.

De pronto se abrió la puerta.

—Eh ¿quién anda ahí? —Oyó una voz.

Era Frank

O’Brien,
quien sacó la pistola como una centella.

—¡No dispare, señor
O’Brien!
¡Soy yo, Shirley!

—¡Dios mío, Shirley! ¡He podido matarla!

Guardó el revólver y frotó un fósforo, aplicando la llama en un quinqué que había sobre la mesa.
O’Brien
se quedó con la boca abierta al ver lo que había sobre la carpeta. Por unos instantes Shirley se había olvidado de la esmeralda, pero ya era demasiado tarde para guardarla.

—Shirley, ¿qué es eso?

—«El Ojo del Diablo».

—Pero ¿cómo ha llegado usted hasta aquí? ¿Cómo está en su poder?

Shirley se dijo que no tenía más remedio que contar la historia a Frank. Al fin y al cabo,
O’Brien,
aunque no gozase de sus simpatías, era un hombre honrado.

Le hizo un relato de lo que le había sucedido a partir del momento en qué, paseando por la calle, alguien arrojó la joya por una ventana del «Hotel Berenice».
O’Brien
escuchó atentamente, los ojos entornados.

No podía creer en su buena suerte. Era asombroso, increíble, cómo el Destino se reía a veces de las personas.

Él había ido detrás de aquella joya. Había perdido mucho dinero pagando a una legión de tipos para que secundasen sus planes. Un fracaso había dado paso a otro fracaso, y he aquí que ahora, de la forma más inesperada, se encontraba con «El Ojo del Diablo», y para que todo estuviese a su favor, la joven se había llegado allí sin que nadie se hubiese apercibido de ello.

Podría matarla impunemente y no tendría que hacer frente a ninguna sospecha. Sí, estaba claro como el agua. Sólo tendría que acabar con Shirley y aquel negocio quedaría rematado. Era cierto que la joven le había llamado la atención. ¿A quién le amargaba un dulce? Shirley era una chica preciosa, un bombón, pero, en primer

lugar, ella no se había mostrado propicia y, por otra parte, él no era una de esas personas que se empeñaba en una mujer. Había muchas. Muchísimas…

Cuando la muchacha hubo terminado su relato,
O'Brien
dijo:

—No la creería si no fuese usted una mujer seria, Shirley.

Ella sonrió también.

—Imagino que habrá otro hombre a quien sorprenderé mucho más que a usted.

—¿Quién? —preguntó Frank, aunque ya lo sabía.

—Ken Lodge, el dueño de la joya.

—¿De modo que se la va a devolver?

—Naturalmente. ¿Qué pensaba usted?

—Nada. Simplemente tuve en cuenta que usted tiene una joyería y que podría sacar beneficios con la venta del «Ojo del Diablo».

La joven levantó la barbilla.

—Ésta esmeralda no me pertenece y voy a devolverla a su legítimo dueño.

Frank se volvió hacia la ventana. Allí había unas cortinas sostenidas por un cordón. El cordón era del grosor del dedo índice. Era un magnífico cordón para estrangular.

Desató el nudo hábilmente mientras decía:

—Eso le honra, Shirley…

—¿Quiere acompañarme, señor
O'Brien?
Tengo miedo de ir sola por la calle.

—¿Adonde?

—Iremos al hotel donde se hospeda el señor Lodge.

—Muy bien, Shirley. Iré con usted —dijo Frank con el cordón ya a sus espaldas—. Espere un momento, Shirley, tengo que retirar unos cigarrillos de la mesa.

La joven siguió sentada en la silla.
O'Brien
casi estuvo a punto de soltar una carcajada. ¡Qué fácil era matar a una persona!

Empezó a dar la vuelta tras del sillón.

Sí, sería muy fácil. Bastaría con que pasase aquel cordón por el

cuello de Shirley y apretase un poco…

CAPÍTULO XII

Ken vio avanzar por la acera al juez.

—¿Qué le pasa, Señoría?

—¡Al fin te encuentro, muchacho! —jadeó el juez Me dirigía a la oficina del *sheriff*…

—¿Qué pasa?

—La joya… La han robado.

—¿Qué dice?

Askert le contó la llegada del mensajero a su habitación, cómo habían aparecido aquellos hombres, y de qué forma se las había arreglado Kathy Young para desprenderse de la joya.

—Cuando los tipos se fueron, me asomé por la ventana. Aunque estaba muy oscuro, pude ver a una mujer que corría por el callejón. Indudablemente había encontrado la joya.

—¿Quién era?

—Me pareció Shirley. Pero lo peor de todo fue que los dos fulanos la oyeron y salieron en pos de ella. Ocurrió hace sólo un rato. Le dije a Kathy que se quedase, fui a tu cuarto y al no encontrarte allí, decidí dejarme caer por la oficina del *sheriff*.

—Gracias, Señoría. Continúe su camino.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Buscar a esos dos tipos.

Ken desenfundó el revólver y echó a correr.

Internóse por el callejón donde había caído la joya. En su vida había movido tan aprisa las piernas.

Dobló por el final.

Era presa de la angustia porque ahora se daba cuenta de lo que Shirley significaba para él. Amaba a aquella mujer. Estaba seguro de ello. Esperaba encontrársela de momento a otro tendida en el

suelo. Muerta.

Llegó hasta un pasadizo y se detuvo respirando entrecortadamente.

De pronto oyó un gemido. Procedía de aquel establo cuya puerta estaba abierta.

Metióse dentro y vio a un viejo que se estaba levantando.

—¿Qué pasó, abuelo?

Phineas se tocó la cabeza.

—Diablos, por poco me matan. Uno de esos bastardos me pegó fuerte con la culata…

—¿Cuántos eran?

—Dos.

—¿Y la chica?

—¿Qué chica?

—Ésos dos hombres estaban buscando a Shirley Austin. Seguramente ella se escondió aquí.

—Oh, sí, ahora recuerdo. Dijeron que estaban buscando a una amiga.

Ken le dio una palmada en la espalda y salió a la calle mayor.

Para no hacer ruido caminó por la calzada.

De pronto oyó unas voces procedentes de una calleja.

—No está por aquí, Clint.

—Maldita sea. Tiene que haberse escondido en alguna parte. No se la puede haber tragado la tierra.

Ken se detuvo al ver aparecer a los dos tipos.

Ellos también lo vieron a él y quedaron, inmóviles.

—Eh, Clint, mira quien está aquí.

—Ken Lodge…

—Buenas noches, muchachos —los saludó Ken—. ¿De caza?

—Usted lo acertó —dijo Clint—. Salimos por una pieza, pero resulta que ahora encontramos otra.

—Así es la vida. ¿Dónde está ella?

—¿También le interesa a usted, Lodge?

—Mucho. Lo que ella tiene me pertenece.

—No va a ser para usted ni para ella.

—¿Para quién, muchachos?

—Pregúnteselo al demonio. Quizá le conteste. ¡Duro con él, chicos!

Se oyó un tableteo ensordecedor.

Ken, en cuclillas, accionó el disparador cuatro veces.

Dividió sus balas, dos para cada uno.

Los pistoleros sólo pudieron disparar una por cabeza sin dirección, alocadamente, porque ambos estaban heridos de muerte.

Uno de ellos, el más alto, estrelló las espaldas contra la pared, y allí, derrumbándose, recibió otro plomo.

Su compañero salió escupido de la acera, dio una voltereta en el polvo y quedó inmóvil para siempre.

Ken desanduvo el camino que había traído. Si aquellos hombres no habían encontrado a Shirley, era porque ella se había escondido en alguna parte antes de llegar a la calleja.

Vio una puerta que estaba abierta. Miró hacia arriba y descubrió luz en una de las ventanas. Justamente en el balcón había un cartel en el que podía leer: «Frank O'Brien. Agente de Bienes Raíces».

Subió los peldaños uno a uno pegándose a la pared.

De pronto oyó una voz.

—No respire, Shirley. Así le dolerá menos.

Irrumpió en la estancia.

Frank estaba apretando el cuello de Shirley con un cordón. Al ver a Ken soltó la cuerda, retrocediendo asustado.

Shirley cayó sobre la mesa intentando tragar aire. Su mano se cerró instintivamente sobre la esmeralda.

—Señor Lodge, no dispare —gritó O'Brien.

—Iba a cometer un asesinato, ¿eh, O'Brien?

—No me lo tome en cuenta, señor Lodge… Confieso que me he sentido tentado por la joya… Me he cegado. Es como si me hubiese vuelto loco.

—Tengo que contenerme mucho para no meterle una bala por la boca, O'Brien, pero nunca he matado a nadie a sangre fría… Vendrá conmigo a la oficina del *sheriff*. Será mejor, que se esté quieto ahora.

Ken avanzó sobre la mesa.

—¿Cómo te encuentras, muchacha?

—Ken, gracias a Dios que has venido.

Él le acarició la cara.

—¿Quieres que te diga un secreto, Shirley? Mientras te he estado buscando solo pensaba en ti, no en la joya…

—Oh, Ken… —dijo ella sonriendo.

O'Brien

oyó unos pasos fuera.

Era Mac.

Los jóvenes estaban tan interesados en su diálogo que no se habían apercibido de aquel ruido.

Sería magnífico. En cuanto apareciese Mac por la puerta, él también sacaría el revólver.

—Sácame de aquí, Ken —dijo Shirley.

—Sí, nena. Ahora nos vamos.

—¡Cuidado, Ken! —exclamó la joven.

Lodge giró como una centella y apretó el disparador contra el hombre que había aparecido en el hueco revólver en mano.

O'Brien

sacó también aprovechando la ventaja de que Ken había caído en el suelo llevado por su impulso.

Pero no contó con la habilidad del joven, quien desde el mismo suelo le envió un par de balas.

O'Brien

recibió los plomos en el pecho y en el estómago. Lanzó un aullido de muerte dejando caer el arma y se agarró a las cortinas que tenía cerca, pero éstas no pudieron sostenerlo y se vinieron abajo arrastrando en su caída.

Mac, tendido en el corredor, dejó escapar el último suspiro.

* * *

El juez Askert hizo entrega solemne de la esmeralda a Ken Lodge.

—Tuya es, muchacho. Y ya podemos decir que se cumplió la voluntad de John Nevins porque él quiso que fuese para ti.

Ken vio brillar la joya dentro de la caja. Luego echó a andar acercándose a Shirley.

—Acéptala, Shirley.

—¿Qué? ¿Para mí?

—Sí, Shirley. Es mi regalo de boda.

—Pero, Ken, no puedo aceptarla… Recuerda lo que se dice de ella. Trae la muerte.

—No, Shirley. Ya no traerá la muerte. Una leyenda debe ser cierta en su totalidad. Si admitimos lo malo, hemos de admitir también las palabras de Nevins. Dejará de atraer la fatalidad cuando el hombre que la posea la entregue a la mujer que ama.

—Ken, te ha salido muy bonito… ¿No me vas a besar?

—¿Delante de tanta gente…?

—¿Y a mí qué me importa? Yo también te quiero.

Ken la enlazó por el talle y besóla en la boca.

El juez Askert pegó con el codo al *sheriff*.

—Me enternecen los finales que acaban bien.

El *sheriff* sacó el pañuelo y se sonó ruidosamente.

—A mí también, juez. No lo puedo remediar.

De pronto oyéronse pasos precipitados y el ayudante del *sheriff*, Tom McDavey, entró en la oficina gritando:

—¡*Sheriff*, la mexicana se ha llevado «El Ojo del Diablo»!

—¿Qué dices?

—Carmencita Armendáriz se ha marchado con la joya… Lo estaban diciendo en el hotel. ¡Y lo peor es que hay una docena de tipos que se han lanzado en su persecución!… ¡Habrá más muertos, más sangre!

Ken apartó sus labios de los de Shirley.

—Corran a detenerlos antes de que sea demasiado tarde. Ya puede estar seguro que ésa no es la verdadera joya, sino alguna copia que tendría Frank O'Brien para realizar un cambiazo.

El *sheriff* gimió:

—Conque un hermoso final, ¿eh, juez Askert? ¿Y cómo convenzo yo ahora a esos tipos de que están equivocados y que lo que tiene la mexicana en su poder es un falso «Ojo del Diablo»?…

Todos rieron las palabras del *sheriff*, y Ken Lodge continuó besando a Shirley Austin. La mano de ella se abrió y la esmeralda le resbaló de los dedos cayendo al suelo.

Allí quedó brillando con luz propia «El Ojo del Diablo».

FIN